¡YA NO HAY DISTANCIAS!

CUADRO DE COSTUMBRES.¹

Lector ¿eres aficionado á viajar?
 Si no me contestas con una pregunta, es señal de que no sabes lo que te he preguntado.
 Para ponerte en camino de comprender el que vamos á andar en este cuadro, es preciso que me contestes preguntándome lo que yo entiendo por viajar. Si así lo hicieres, y quiero suponer que así lo has hecho, verás como yo te respondo, que viajar no es dejarse trasladar de un punto á otro.

Y si esta respuesta negativa no te parece digna de la pregunta, te daré otra más categórica y más llana. Te diré que el viaje y el transporte son dos cosas enteramente distintas, como lo son el alimento y el medicamento. El primero es una necesidad y un placer, y el segundo es una necesidad y un tormento. Pero de todos modos y aunque esto que digo sea una verdad, tampoco es mentira que los verdaderos viajes pertenecen ya á la historia, y que lo que ahora se usa es el

¹ Este cuadro forma parte de los que ha escrito últimamente el Sr. Flores, para continuar su obra titulada *Ayer, Hoy y Mañana*, interrumpida como saben nuestros lectores desde 1853 en que apareció la primera parte ó sea el *Ayer*, retrato de la sociedad de 1800. Las dos ediciones que en poco tiempo se hicieron de aquel primer tomo están agotadas, y aquella parte se reimprimirá por lo mismo en Setiembre próximo publicándose á continuacion el tomo segundo que contendrá el *Hoy* ó las costumbres de 1850, cuyo original está casi terminado gracias á la asiduidad con que el señor Flores se ha consagrado de nuevo á sus antiguas tareas literarias. Es probable que antes de terminar el año tenga el público completa esa obra que con tanta impaciencia desea.

transporte. Las personas han venido á ser cosas que se llevan de un lado á otro, sin que ellas intervengan en su propio movimiento, y que una vez entregadas á la máquina que ha de arrastrarlas en su camino, no les cumple ni les conviene hacer nada mejor que cerrar los ojos para abrirlos en el otro mundo, si el locomotor ha hecho la calaverada de echarse con la carga por un derrumbadero, ó en el término del viaje si este ha sido feliz.

Así, lector, aunque te he preguntado si eres aficionado á viajar, no es para proponerte que viajemos, sino para decirte que los viajes se han acabado.

Aquella tranquilidad andariega, con que la mula de paso iba uno tras otro llevando los frailes al capitulo, los estudiantes á las universidades, los canónigos á la catedral, y los corregidores al pueblo de su corregimiento, ha desaparecido. El siglo de los destajistas ha suprimido las jornadas en los viajes y haciendo apuestas de celeridad con el aire, aunque transporta á los hombres por tierra, los lleva en volandas de un lado para otro sin dejarles descansar en parte alguna.

Pero como las distancias que separan unas poblaciones de otras, se llaman caminos, siquiera sean caminos de hierro, y las gentes que por ellos transitan se apellidan viajeros, fuerza nos ha de ser llamar viaje á lo siguiente:

La escena pasa en una calle ó en muchas á la vez. Quien hace un cesto hace ciento, y visto un transportado, puedes figurarte los demás. Una señora sóla, enteramente sóla, sale de su casa en traje de camino; el traje de camino no es hoy como ayer, el más viejo y el más remendado, sino el mas nuevo y el más por remendar. Del brazo izquierdo le cuelga lo que siempre se ha llamado un esportillo y ahora se llama *cabas*, y con la mano derecha sostiene un gran talego de color, cerrado con un candado. Este envoltorio que se conoce con el nombre de *saco de noche*, no porque sea la funda de las personas mientras duermen, ni porque haya de servir de almohada para tenderse á dormir durante el viaje, es la prenda característica del viajero. Hoy dia cualquiera puede lanzarse á viajar sin mas ropa blanca que la puesta y gracias si está completa y recién lavada, y puede omitirse y se omite el pasaporte, pero lo que no puede dispensarse es el *saco de noche*. Dicen que estas prendas se inventaron para guardar en ellas la ropa sucia, y esto no es posible puesto que van llenas al empezar el viaje; ó como suplemento de los bultos del equipaje, y esto tampoco puede ser cierto, porque la mayor parte de los viajeros no llevan más bulto que

el suyo y el del saco de noche. De todos modos, ¿quién es capaz de saber lo que una señora puede llevar en un saco de noche? Si es una costurera, que no porque la veas con traje de princesa, has de creer que lo es ni lo ha sido sino de algun teatro casero, guárdate de pedirla una aguja ni una hebra de hilo; no lleva ella en el saco ninguno de esos remordimientos. Un vestido por si se le rompe el que lleva puesto, una manteleta de dos caras para hacer varias, segun los tiempos vengan, un par de botas nuevas por si convienē saber donde le aprieta el zapato, un estuche de pomadas y barnices por si le ocurriera ruborizarse ó perder el color con los lances del viaje, algun abanico con el que pueda darse el aire que más le convenga y tres ó cuatro libros de novelas y un devocionario de lujo, no por lujo de devocion sino por ser lujosamente devota, hé ahí el contenido probable de un saco de noche. En el cabas no lleva fiambres porque harto fia ella en que la suya le hará comer cuanto encuentre al paso, y solo una *Guia del viajero*, un espejito á quien poderle preguntar de vez en cuando lo que hace el cabello, un peine para que este se contenga á raya, unos cuantos caramelos por si hubiera necesidad de enseñar los dientes y un frasquito de éter para los accidentes previstos aunque indeterminados, es todo lo más que suele encerrar el esportillo. Alguna vez, no todas, se suele llevar un velo de repuesto, por si las tintas de la atmósfera hicieran preferible el velo verde al negro, ó este al blanco ó al morado; pero este es un verdadero refinamiento de equipaje; esto solo lo hacen las que tienen el viaje como una profesion.

Dejemos por lo tanto de escudriñar la conciencia de los sacos de noche y de los esportillos, y sigamos á la viajera.

Acércase á un coche de alquiler, de los que el vulgo llama *tres por ciento*, no porque haya tres buenos en cada centenar de ellos, que todos son malos, ni porque los cuadrúpedos que los mueven den tres pasos mientras debieran dar ciento, sino porque estos carruajes fueron uno de los primeros productos del crédito nacional. Acércase, digo, á un coche, abre por sí propia la portezuela, mira al cochero, y mientras este sin mirarla quita la tablilla en que está escrito el consabido *se alquila*, para que no parezca que se alquila el coche con lo que lleva dentro, le dice:—*Al Mediterráneo*.

El cochero no pregunta nada, y por toda contestacion sacude el látigo tres ó cuatro veces sobre las orejas del caballo, echa el cuerpo hácia adelante como para ayudar y dar ejemplo al animalito, y le encamina hácia el Mediterráneo. Pero ya puedes figurarte, lector, que

aunque el lacónico lenguaje de la viajera se presta á toda clase de interpretaciones y lo enjuto del caballo no haria de todo punto inútiles los baños de mar, el Mediterráneo adonde se dirigen no es otro que el embarcadero del ferro-carril de M. A. Z., ó sea la primera estacion del via-cruce moderno que va desde Madrid á Alicante y á Zaragoza.

Aunque el caballo no ha corrido, porque si alguna vez tuvo esas mañas ya las ha olvidado, el servicio que acaba de hacer se llama carrera de Real orden y de Real orden tambien se manda que por cada una de ellas corta ó larga, se pague una peseta. Así lo hace la viajera al saltar del carruaje, pero el cochero se niega á recibir los 4 rs. y pide 8, porque á la mitad del camino habia parado el coche para contestar á una pregunta que la señora tuvo la indiscrecion de dirigirle. Disputa en vano, porque el cochero prueba que el caballo ha arrancado dos veces y han de pagarle dos carreras, y la viajera tiene que dar dos pesetas, y las gracias en su interior, porque á tan poco precio se va acostumbrando á la tiranía que en adelante le espera.

Cien carruajes de plaza, y diligencias y ómnibus llegan á la vez á la estacion, y multitud de gentes de todas clases se agolpan delante de un ventanillo de una cuarta en cuadro, dejándose ordenar por un agente de policia que los enfila en un enverjado de madera, donde paciente-mente aguardan, primero á que se abra la ventana, y luego á que vayan pasando uno á uno los que estén delante, y aflojando los cuartos recojan un pedacito de cartulina del tamaño de una tarjeta.—*Dos, Alicante, primera.*—*Uno, Albacete, segunda.*—*Tres, Getafe, tercera,* son las únicas palabras que se escuchan en la rejilla de aquel confesonario, sin que se oigan mas voces que las de los penitentes, que despues de haber facturado sus personas, corren á otro departamento á facturar sus equipajes.

—*¡Una mala!* gritan en voz alta los encargados de aquella seccion al pesar un baul de cuero.

—*Mia,* contesta un viajero; y mientras la mala que reclama sale en un carreton por la derecha él se acerca á otro ventanillo á la izquierda, donde le dan un papelito en que apenas podia liarse un cigarro, lleno de misteriosos geroglíficos. Guárdale cuidadosamente, porque se trata de un billete al portador, y si le pierde, como que al llegar allí ha trocado su personalidad por el número del billete, y la propiedad de su mala por el del papelito, no podria reclamar su equipaje.

—*¿Qué busca usted, señora?* la preguntan los factores á una viajera que corre desolada de un lado para otro.

—¡*Un mundo!* contesta recorriendo aquel inmenso almacén de efectos de viaje con más avidez que Cristóbal Colón, cuando buscaba el suyo en el mapa. ¡Busco un mundo!

—¿Es este? le dicen, enseñándole un cofre más grande que el arca de Noé.

—No señor, el mío es mucho mayor. Aquí está, dice por fin, poniendo la mano sobre una caja mayor que la de los antiguos coches de viaje.

Y mientras los factores continúan pasando camas, colchones, silleras, armarios, y toda clase de efectos por cientos de cientos de quintales, en otro departamento admiten y facturan rebaños de ovejas y de cabras, vacas, mulas, caballos y toda clase de animales, á los cuales acomodan en sus carruajes antes que á los viajeros, sin que de esta preferencia haya derecho á formar queja, porque sobre haber pagado todos su dinero, allí se sirve al que primero llega, y como las personas, los animales y los bultos todos son objetos numerados, se establece una igualdad perfecta.

A toque de campana se abre y se cierra el despacho de billetes, y ya los viajeros, encerrados en tres departamentos distintos, sin más preferencias que las del dinero que han pagado por el asiento, aguardan en la primera, ó la segunda, ó la tercera jaula, á que se abran las puertas del *anden* para tomar los carruajes, que, como las jaulas, tienen también sus tres distintas denominaciones, sus tres diferentes peajes y sus tres diversas temperaturas. En los coches de primera solo tiene el viajero á la vista siete caras desconocidas; en los de segunda, treinta y nueve; en los de tercera todas. En los unos descansa el cuerpo sobre muelles, los piés en alfombras, y la cabeza en almohadones; persianas y cortinas libran del sol, cristales del viento, y caloríferos del frío. En los de segunda apenas alcanza el respaldo para reclinar la cabeza; pero tienen derecho á cerrar los cristales, si les molesta el viento ó el frío. Los viajeros de tercera clase tienen también derecho á recostar la cabeza en la del vecino, y derecho también á usar los cristales; pero es el caso que no los tienen los coches. Ni siquiera hay en ellos rejillas como en las jaulas de los rebaños, ni rejas como en las perreras. También los equipajes van con alguna más comodidad y menos expuestos á los percances del camino.

Porque has de saber, lector, y me alegraré que no lo sepas por experiencia propia, que en estos trasportes modernos se han suprimido todas las molestias de los antiguos viajes, menos los vuelcos.

Los almacenes de efectos de viaje, que habrían sido utilísimos cuando el viaje era una peregrinación en la que todos los preparativos parecían pocos, los despachos de diligencias, y el continuo rodar de estas por las calles, nos han acostumbrado de tal modo á viajar, que hemos suprimido las despedidas, y con ellas los abrazos, los besos y las lágrimas. Guárdanse estas para soltarlas cuando por efecto de un descarrilamiento se rompe el viajero la cabeza; los besos se los dan las máquinas cuando chocan unas con otras, y entonces los viajeros, si no se abrazan contra cosa peor, se abrazan entre sí, quebrándose una clavícula ó hueso de mayor cuantía.

Nadie ve partir el tren sino los mismos que parten, y los dependientes de la empresa que recorren los coches contando y recontando las cabezas, para ver si hay algún hueco en las fraserías; y encajonados todos, personas, animales y efectos, abre el monstruo sus pulmones de hierro, da un resoplido, y bufando y arrojando aliento de fuego, se lanza como una exhalación á través de los campos.

En este momento supremo es cuando el viajero da por bien empleada y bien perdida su dignidad personal. Ya no le pesa de que entre él y su cofre no se haya establecido diferencia alguna, y que ambos vayan allí sin nombre ni voluntad propia, esclavos de aquella máquina á quien han hecho dueña y señora de su albedrío, y árbitra irresponsable de sus vidas. El hombre, lo mismo el que se considera capaz de haber inventado la pólvora si hubiese nacido á tiempo de descubrirla, que el que no sirve ni siquiera para usarla, todos sienten un orgullo indecible al recorrer los primeros kilómetros del ferro-carril.

—Preciso es confesar—dice uno de los viajeros, sin que los demás se hayan negado á confesarlo—que el hombre ha hecho grandes conquistas en el campo de la inteligencia.

El hombre á que se refiere el viajero no es Watt, que viendo hervir el agua en las ollas de su cocina, atrapó el vapor que se escapaba por la chimenea y aplicó su fuerza elástica al movimiento de los telares y de los talleres, ni Stephenson, ni ninguno de los perfeccionadores de las máquinas de vapor y de su aplicación á los ferro-carriles. El hombre de que habla es él, él mismo, el propio viajero, que como hijo del siglo xix, cree que le pertenecen y son suyos todos los adelantos de la civilización.

Cuando un pueblo comete un crimen, los mismos que le han aplaudido en secreto, ó que tal vez han impulsado á que se cometa, se apresuran á pronunciar el nombre de los criminales, y á dejar á salvo

el suyo de la infamia. El plural no se usa sino cuando se trata de algun título de gloria, cuando se disputa una corona de laurel. Entonces se apresuran las gentes á olvidar el nombre del autor del milagro, y á procurar que la corona tejida para un solo individuo ciña las sienes de toda una generacion. Por eso se dice tan á menudo que los hombres del siglo XIX serán el pasmo de la historia y la admiracion de los siglos venideros.

Y mientras los viajeros, llenos de orgullo, van á merced de la máquina en cuya invencion todos reclaman su cacho de gloria, ella, legítimamente altiva, devora con instantánea rapidez las distancias, pasa como el rayo por encima del rio que se habia tendido en el prado para cortarle el camino, rompe y atraviesa la montaña que le sale al paso, salta los barrancos más profundos por invisibles barras de hierro, y no encuentra obstáculo que le impida llevar de un lado á otro los millares de almas y los millones de arrobas que arrastra consigo. Y cuando el hombre, el verdadero hombre, no el viajero charlatan, sino el maquinista, la enfrena para hacerla parar en alguna de las estaciones, no está agitada ni rendida; su resuello es igual al que tenia al empezar el viaje; su corazon no late con más ni menos violencia, y da más ó ménos pulsaciones por minuto segun la prisa que lleva, pero siempre con la misma regularidad.

En el momento en que para la máquina, quedan inmóviles los 20 ó 30 carruajes ó wagones que arrastra consigo; una voz al parecer humana penetra por las ventanillas de los coches, diciendo:—*Getafe, dos minutos, ó Aranjuez, ocho.*—Y suben y bajan personas, entran y salen animales, cargan y descargan bultos, y vuelve á chillar la máquina, y vuelve á continuar su interrumpida carrera, pasando con igual rapidez por los desiertos arenales que por los floridos vergeles. Unos y otros los ve el viajero como otras tantas sombras chinescas, y los compañeros de transporte se le van quedando en las estaciones del tránsito, subiendo otros á ocupar el lugar de aquellos, y sin que los unos le digan «*quédese usted con Dios*», ni los otros le saluden con un «*Dios le guarde.*»

A fe que él se despidió de sus amigos en Madrid con una tarjeta póstuma, en la que se veía una S. y una D., que así podia leerse *se desespera como se despide*, sin decir para dónde, ni cómo, ni cuando; y los que no son sus amigos, sino sus compañeros de encierro, con una cabezada cumplen, y áun si tardan en darla, se exponen á que el tren marche y los lleve más adelante de donde pensaron ir. La época

presente ha declarado mayores de edad á todos los hombres y áun á todos los niños, y en los viajes el único mentor es el dinero. Un perro sabio, que los hay en grado heróico á pesar del monopolio que han hecho los hombres de la sabiduría, se presenta en un despacho de billetes con una moneda en la boca, le dan una plaza de perrera hasta donde alcanza el valor de la moneda; si sobra algo, se lo ponen en la boca, le enjaulan, y le sueltan en el punto hasta donde ha pagado. Un mudo puede hacer otro tanto, y un niño de pecho lo mismo. En los Estados-Unidos, hácia cuyo bienestar material caminamos todos, los niños de menor edad viajan solos con una bolsita atada al cuello, de la cual le sacan en todas las estaciones el dinero preciso para pagar la comida, y cuando llega al término del viaje, le almacenan hasta que alguien viene á reclamarle, dándole de comer y áun cama para dormir mientras le dura el dinero. Cuande se le acaba, figúrate, lector, lo que le sucederá; más vale que no se le acabe nunca.

En las mesas redondas, que ordinariamente son cuadradas, se sirve la comida en quince minutos, de los cuales hay que descontar siquiera uno para bajar del tren y otro para volver á subir, quedando trece para ver pasar otros tantos platos, pescar algo de ellos, comerlo allí mismo, porque está prohibido guardar nada como no sea en el estómago y pagar la cuenta. Los viajeros vuelven al coche rumiando, algunos no vuelven porque llegan tarde y otros no han bajado del coche porque nadie les ha dicho que se trataba de comer. Como mayores de edad todos tienen obligacion de cuidarse á si propios, oliendo donde guisan y averiguando donde dan posada al peregrino.

Aunque para esto último no necesitan hacer grandes indagaciones. En cada estacion le acosan al viajero multitud de personas, apoderándose cada una de ellas de un bulto del equipaje, para que repartidos entre muchos toque el peso á ménos y las propinas á más, y acosando al bulto mayor con papeletas de fondas, y asientos en los ómnibus, y ofreciéndose á ser sus cicerones gentes que no saben serlo de si propios.

Por supuesto que antes de que el viajero se encamine á la fonda en el pueblo donde da término su viaje, ya le han hecho pasar diferentes humillaciones, identificando de vez en cuando no su personalidad, porque ya está dicho que la perdió al salir de Madrid, sino su individualidad y la categoría de su billete; multándole, como es justo, si ocupa un asiento superior al que ha pagado, y sin decirle, usted perdone, como era justo tambien, cuando ven que tiene su factura en regla y que no se ha extrafacturado. Obliganle por último á pasar por una puerta

de una tercia de ancho, sumando su cabeza con la de los demás viajeros, como se acostumbra á hacer con los rebaños, y recogíendole el billete, si no le ha perdido, que si esto le aconteciere y no prefiriese pagar otro, tardará un buen rato en probar su inocencia.

Aunque sus parientes y sus amigos salen á recibirle, ni él los abraza ni ellos le besan, porque aunque hayan estado ausentes los unos de los otros muchos años, como saben que podrian haberse visto en pocas horas si hubieran querido verse, se figuran que no se han dejado de ver.

Valencia es un arrabal de Madrid; Alicante está á las puertas de la corte; Paris y las principales capitales de Europa, forman un gran barrio.

Esto dicen las gentes, y á fuerza de oirlo decir, el siglo XIX ha formulado el suceso con esta frase un tanto arrogante y un tanto andaluza:

¡Ya no hay distancias!

ANTONIO FLORES.

DEL SERVICIO MÉDICO-FORENSE EN ESPAÑA.¹

Dejando ya á un lado lo que pudiera haber sido desde luego la organizacion de los médicos forenses; prescindiendo ya de todos los hechos é incidentes históricos que han ocurrido desde el 28 de Noviembre de 1855, en que fué sancionada la ley de Sanidad; á cuyo artículo 95 ha creído conformarse el ministerio de Gracia y Justicia, sometiendo á la aprobacion de S. M. el proyecto de 13 de Mayo de este año, y que es hoy Real decreto y como reglamento organizador del servicio que nos ocupa; partamos en nuestras reflexiones de lo existente; tomemos, como punto de partida y objeto de nuestra bien intencionada crítica ese Real decreto de Aranjuez, y lo que se consigna en su preámbulo, en sus 35 artículos, incluso el transitorio, y en el arancel de los derechos que devengarán los médicos forenses y demás facultativos, cuando actúen, como auxiliares, en la administracion de justicia.

Lo primero que salta á la vista, á la lectura de esas tres partes del Real decreto en cuestion, es su notoria desarmonia, su palpable discordancia, por lo ménos entre el preámbulo y los artículos, y el arancel, y la no conformidad de todo con lo que está clara y terminantemente consignado por la ley de Sanidad.

La teoría del autor del decreto es una; la práctica es otra y diametralmente opuesta. La intencion del Gobierno parece buena; pero la realizacion es casi tan lamentable como los mismos males que ha tratado de cortar.

En el primer párrafo del preámbulo, el ministerio se ve forzado á reconocer varios hechos de una verdad resplandeciente, á saber: Que los tribunales de justicia necesitan, en muchos casos, ilustrar su juicio

¹ Véase el número 8 de la REVISTA.

con el dictámen de peritos, siendo los médicos los que más frecuentemente les prestan ese auxilio;—que el ejercicio de las facultades está declarado libre por la ley;—que en su consecuencia, á veces, se han encontrado los jueces sin la cooperacion de los facultativos, en daño de la buena administracion de justicia;—que, por punto general, la clase médica ha acudido celosa al llamamiento de los tribunales;—y por último que en ocasiones (y bien pudiera haber dicho casi en todas) han quedado sin la debida retribucion trabajos difíciles muchas veces é importantes siempre.

En pocas líneas, pues, está perfectamente motivada la necesidad de organizar el servicio médico-forense.

En el segundo párrafo reconoce el señor ministro otra verdad; que con el propósito de cortar esos males, la ley de Sanidad de 28 de Noviembre de 1855 ordenó ya la organizacion del servicio médico-forense; organizacion que ya no podia demorarse, desde que la ley de presupuestos para el año de 1862 habia consignado una cifra, estimada como suficiente y destinada á ese servicio, sin perjuicio de que complete la obra el código de procedimientos en materia criminal, y la ley orgánica de tribunales *in fieri*.

El ministerio, pues, parece que, para organizar el servicio médico-forense, tenia á la vista lo prescrito por la ley de Sanidad, y que iba á hacerse el verdadero y genuino intérprete de la letra y espíritu de esa ley, como era de su deber; puesto que en un país gobernado constitucionalmente, nunca le ha sido lícito á ningun ministerio reglamentar nada que contrarie las bases de una ley, donde se le deje el encargo de dar su debido desarrollo á esas bases.

Sin embargo, desde la lectura del tercer párrafo, se ve ya claramente que el ministerio no se amolda estrictamente á esa ley; que se aparta de sus bases; que en lugar de conformarse á ellas, las interpreta mal y las destruye en globo y en todos sus detalles.

Para justificar su procedimiento, á nuestro modo de ver, contrario á la ley de las Constituyentes, se abroquela detrás de una sencillez que no existe; la que sería excelente si, sobre ser verdadera, fuese compatible con las exigencias de su objeto de suyo complicado, pareciéndole preferible á una organizacion *innecesariamente amplia y costosa*; y además de creer *sencilla* su medida, olvidándose lastimosamente de aquello tan sabido *brevis esse laboro, obscurus fio*; se muestra cándidamente persuadido de que los profesores puestos bajo la dependencia judicial, como auxiliares de la justicia, tendrán, con ese arreglo, una

prenda segura y eficaz de que sus trabajos profesionales han de ser en todo caso recompensados, como expresamente lo dispone la ley de Sanidad. ¿Y cuál es esa prenda? A renglon seguido lo dice el preámbulo, la preferencia que se ha dado al sistema de retribucion por derechos de arancel, sobre el de dotacion fija, fundándose en que esta sería injusta por lo desigual, atendida la índole de los servicios y su número infinitamente variable, segun las circunstancias de cada localidad.

Los médicos forenses y los *peritos químicos* (clasificacion un tanto extraña en nuestros dias, como veremos en su lugar) pueden estar seguros, dice el ministerio, de obtener la indicada remuneracion, porque correrá á cargo del capítulo correspondiente del presupuesto del ministerio de Gracia y Justicia, en los casos en que la parte condenada al pago de costas y gastos del juicio fuese insolvente, ó unas y otros se declaren de oficio.

A eso se reducen las *altas* consideraciones en virtud de las cuales se decidió el señor ministro de Gracia y Justicia, oidos los Consejos de Estado y Sanidad del reino, á someter á la aprobacion de S. M. la *sencilla medida*, sobre la cual ha trabajado

El ministerio para que parezca que para otorgar el servicio médico más gente que sobre Roma, con Borbon, por Carlos quinto.

Luego siguen 34 artículos que, en concepto del ministerio que se los ha hecho suyos, realizan el propósito de la ley de Sanidad, uno, transitorio que revalida los nombramientos anteriores de los facultativos forenses por Real orden y por último el arancel, á que tendrán que atenerse los *peritos*, al consignar sus honorarios al pié de sus documentos periciales.

Ahora bien; ¿hay armonía entre lo reconocido por el ministro autor del preámbulo en sus primeros párrafos y los restantes, y sobre todo los artículos y el arancel? ¿Es verdad lo que dice y promete desde el tercero y lo que consigna en ese arancel y esos artículos? ¿Es verdaderamente lo que se ha decretado un desarrollo legitimo de la ley de Sanidad vigente? ¿Está todo conforme con ella, como lo dice el artículo 4.º del Real decreto de Aranjuez?

No vacilamos en responder que no; que es todo lo contrario, y nada más fácil que demostrarlo.

La ley de 28 de Noviembre de 1855 quiere y dice terminantemente

que se organice ó forme una *clase*, un *cuerpo* de facultativos forenses ¹ y el Real decreto de 13 de Mayo de 1862 no organiza, no forma, no crea esa clase, ese cuerpo; se limita á nombrar médicos forenses, uno para cada juzgado de primera instancia ² y *peritos químicos*, ya un farmacéutico sólo ³ ya dos catedráticos, el de medicina legal de las universidades, donde las haya, y el de quinto año de farmacia. ⁴

En lugar de crear un cuerpo, sin duda por afición á la *sencillez*, como preferible á una *organizacion innecesariamente amplia y costosa*, crea *varios cuerpos*, donde residan más de dos médicos forenses, ⁵ de suerte que tendremos tantos *cuerpos* como ciudades donde haya más de dos juzgados, que no son pocas por cierto. Además harán las veces de forenses todos los demás facultativos ó quienes llame el juzgado para ello. ⁶

Primera y flagrante aberracion ó desvío de lo mandado por la ley de Sanidad; primera y evidente prueba de la desarmonía y contradiccion en que se pone á sí mismo el ministerio y su decreto, porque no ha hecho lo que ha dispuesto la ley; porque, en lugar de ser una *medida sencilla*, va á ser el mismo embrollo de siempre y que hasta aquí ha reinado si no es peor; y porque, reconociendo la libertad de la profesion, ataca esa libertad, por el mero hecho de obligar á los facultativos, no forenses, á que lo sean en casos dados, contra su voluntad.

La ley de Sanidad quiere que el Gobierno publique un reglamento especial estableciendo la organizacion, deberes y atribuciones de los facultativos forenses; ⁷ y el Real decreto de Aranjuez es la publicacion de un arreglo que no organiza nada, que no establece nada de lo determinado por la ley; hace más, confia á los médicos forenses ó á sus *cuerpos* á que formen un reglamento que ordene el régimen interior de estos cuerpos. ⁸

¹ Art. 93 de la ley de Sanidad. Interin se realiza la formacion de la *clase ó cuerpo* de los facultativos forenses, etc.

² Art. 2.º del decreto de 23 de Mayo. Con el nombre de médico forense habrá en cada juzgado de primera instancia un facultativo, etc.

³ Art. 19 del decreto.

⁴ Art. 21 de idem.

⁵ Art. 24 de idem.

⁶ Artículos 7.º, 8.º, 10, 15, 16 y 18. En todos estos artículos hay algo que se refiere á facultativos que no son forenses y á quienes se obliga á que lo sean, á falta ó ausencia de aquellos. Todo para mayor *sencillez* y *conforme* á lo dispuesto por la ley de Sanidad, que quiso acabar con ese barullo.

⁷ Art. 95 de la ley.

⁸ Art. 24 del decreto.

La ley de Sanidad dispuso, como medida *interina* hasta la formacion del indicado reglamento, que en las capitales de provincia, donde hubiese audiencia, se nombrase por los Gobernadores civiles, á propuesta de la junta provincial de Sanidad, una seccion consultiva superior de facultativos forenses compuesta de profesores de medicina y una de farmacia, encargadas de los dictámenes, reconocimientos y análisis que, para mejor acierto en los fallos de justicia, necesiten las audiencias. ¹

En otra parte dispone que se organice en cada capital de provincia un jurado médico con varios objetos que son de medicina legal, con arreglo á un reglamento que publicará el Gobierno oyendo al Consejo de Sanidad. ²

Sobre no haber hecho hasta ahora (que nosotros sepamos) nada de eso el Gobierno, en siete años que ha tenido para ello; sobre no haber hecho nombrar esas secciones consultivas *interinas* en las audiencias, ni esos jurados permanentes en las capitales de provincia; el decreto de Aranjuez no habla de esos cuerpos transitorios ó permanentes en ninguno de sus artículos, ni en el mismo 25, donde dice que los jueces y tribunales podrán, siempre que lo estimen oportuno, oír el dictámen, en asuntos médico-legales, de las reales academias de medicina y cirugía ú otras corporaciones científicas legalmente establecidas; puesto que aquellas, las secciones consultivas y los jurados, no se han establecido ni legal ni ilegalmente, por lo ménos en todas las capitales de provincia y donde hay audiencia; de consiguiente no se hable de ellas, no puede hablarse de ellas, porque sería ridículo referirse á corporaciones que no han existido ni existen.

Sin embargo, ya que no por el decreto en cuestion, sabemos por otro acto del Gobierno que, habiendo consultado el señor regente de la audiencia de Zaragoza (donde por lo visto se dió cumplimiento á la ley de Sanidad en punto á organizar la seccion consultiva de medicina y cirugía y la de farmacia) si, despues de la publicacion de dicho decreto, debian considerarse suprimidas dichas secciones, y si á los facultativos nombrados se les confirmaria en el cargo de médicos forenses, y á los farmacéuticos el de las análisis químico-judiciales; el Gobierno ha contestado que la seccion quede incluida en las corporaciones de que habla el art. 25 del Real decreto de 13 de Mayo de 1862, y

¹ Art. 93 de la ley.

² Art. 80 de la misma.

que los facultativos se atengan á las prescripciones del mencionado decreto.

Tenemos, pues, que las corporaciones consultivas que la ley de Sanidad dispuso que se organizaran en las capitales, donde hay audiencia, como una medida interina hasta la publicacion del reglamento; despues de publicado este, subsisten sin que él lo prevenga ni haga mencion de ellas, donde las haya formado el buen celo de algun regente de audiencia, colocadas en la categoría de las academias y facultades, formando tambien parte de lo que se llama organizacion *sencilla* del servicio médico-forense.

Otro desvío de la ley; otra falsa interpretacion de sus disposiciones; otra prueba palmaria de que, en lugar de la *sencillez*, viene el barullo, y en lugar de cortar los males que la ley de Sanidad se proponia hacer desaparecer por medio de un reglamento que desarrollara sus bases, no solo van á subsistir como antes, sino que es muy de temer que sean todavía más deplorables.

Buscad ahora en los artículos del Real decreto reglas que prescriban cómo se han de formar esas corporaciones, y esos *cuerpos* de médicos forenses; cómo se han de hacer sus nombramientos; cómo han de ejercer sus funciones respectivas, ya en cuerpo, ya cada uno de sus individuos; cómo se han de poner en relacion con el Gobierno, las audiencias, los jueces y los médicos forenses, ya vaya el negocio pericial ó de gobierno interior de arriba á abajo, ya de abajo á arriba; cuándo y cómo se las ha de consultar y todo lo demás que corresponde y debe comprender una buena organizacion de un ramo cualquiera: vuestra tarea será vana. El arreglo ó Real decreto calla como un cartujo sobre todo eso, que habrá sido considerado como *innecesariamente amplio y costoso*. La *sencillez* de la medida es muda, y las audiencias y los juzgados tendrán que aprender cierta pantomima ó cierta dactilología para entender á ese sordo-mudo que ha salido de Aranjuez, despues de haber pasado por tantas comisiones y consejos.

En el decreto que nos ocupa no se habla más que del modo cómo se han de nombrar los médicos forenses y cómo se han de formar sus *cuerpos*. El art. 23 previene que los aspirantes á esas plazas presentarán sus solicitudes, dirigidas á S. M., en el juzgado respectivo acompañando los documentos que acrediten su aptitud legal y profesional, y las circunstancias que les hagan ser preferidos á otros en nomi-

bramiento. El art. 24 dice que, instruido el oportuno expediente, el juez de primera instancia le remitirá al ministerio de Gracia y Justicia por conducto del regente de la audiencia del territorio, informando al mismo tiempo uno y otro acerca de las circunstancias de los aspirantes.

Hé aquí todo lo que organiza el decreto en cuestion, en punto al nombramiento de los médicos forenses.

En cuanto á los *cuerpos*, toda la organizacion está en el número. En pasando de dos ya está organizado el *cuerpo*; es una operacion aritmética de las más sencillas; relativamente á las funciones interiores, cada uno se formará un reglamento que revisará el Gobierno.

¿Puede llamarse eso una organizacion? ¿Qué institucion hay en el Estado, por informe que sea, que carezca tan á fondo de reglas, de medios plásticos capaces de dar una forma regular y metódica á su objeto?

¿Y qué son todas las disposiciones relativas al nombramiento de los facultativos, que sin ser forenses ni querer serlo, estarán obligados á servir á los tribunales, cuando estos los necesiten, sino una lastimosa sancion de la rutina, arbitrariedad y desórden que hasta aqui ha reinado en punto á los nombramientos de esa clase de peritos; rutina, arbitrariedad y desórden que la ley de Sanidad quiso cortar de una vez en sus artículos 93, 94 y 95?

¿Cuán preferibles no eran, á pesar de su insuficiencia, las medidas transitorias ó interinas de la misma ley, medidas que esperaba mejorar con el reglamento encargado al Ministerio?

¿Y á qué datos se atenderán los jueces y los regentes para informar sobre la aptitud legal y profesional ó las circunstancias de los aspirantes? ¿Qué es lo que constituirá su preferencia para la eleccion? En todo lo que sea científico ¿qué entenderán los jueces y regentes? Si necesitan de peritos para sus fallos en todo lo que sea científico ¿no los necesitarán tambien para saber si los peritos son aptos y cuáles son los preferibles? Fuera de las circunstancias morales que directa ó indirectamente pueden constarles ¿qué dirán sobre el talento y saber de los aspirantes, si no los han tenido por más ó ménos tiempo á su servicio, pudiéndolos juzgar por sus actuaciones periciales y por sus dictámenes científicos?

Si al ménos los requisitos para ser médico forense los ayudasen en algo, esa parte del reglamento podria tenerse por alguna organizacion. Mas ¿qué hay en punto á las circunstancias que han de tener los aspirantes para ser nombrados? Basta ser español, mayor de veinticinco

años, doctor ó licenciado en medicina y cirugía, haber ejercido con buena nota su profesion por dos años á lo ménos; acreditar buena conducta moral y profesional y no tener ninguna de las tachas que inhabiliten para ser juez de paz.¹

Hé aquí todo lo que se pide para ser auxiliar, como perito médico, de los tribunales de justicia. Ninguna de esas circunstancias acredita, ni por sí sola, ni en conjunto, la aptitud científica para el servicio médico-forense, que es muy especial y demanda otros requisitos á más de esos.

Esas son las circunstancias vulgares que se piden para todo lo que es de conocimiento fácil y comun; para lo que no tiene grande importancia ni especialidad alguna. Quitad lo del grado de doctor ó licenciado, y las vereis exigidas para ser oficial de cualquiera oficina, escribiente ó portero.

El que haya aconsejado eso al Gobierno ignora ó afecta ignorar lo que es la medicina legal y su práctica; rebaja á la vez la importancia y trascendencia del servicio médico-forense y la administracion de justicia, y con ello los grandes intereses sociales que uno y otra están destinados á proteger y guardar.

No hay ningun servicio público, ninguna institucion del Estado, por poca especialidad que en sí tenga, en la que se exija tan comunes condiciones y circunstancias tan vulgares.

Para ser nombrado catedrático, además de todas esas circunstancias, se exige la rigurosa y pública oposicion, ú otros requisitos equivalentes, determinando el modo de llevar á cabo esas condiciones.

Para ser nombrado médico de baños, se exige y hace lo propio.

Para ser nombrado médico de los hospitales, otro tanto.

Para ingresar en el ramo de sanidad militar ó de la armada, sucede lo mismo.

Y sin embargo, los profesores que aspiran á esas plazas tambien son ó doctores ó licenciados; tambien pueden hacer constar por medio de su título que tienen aptitud legal y profesional, con las demás circunstancias comunes. A pesar de eso se les exige la oposicion, á ménos que ciertos influjos ú otros accidentes, y eso áun no siempre, hagan que el Gobierno prescinda de lo que tiene la ley establecido, y los nombre de Real órden.

¹ Art. 3.º

Y cuando vemos que eso sucede en el profesorado, en beneficencia, en aguas minerales y en sanidad militar y la armada, ¿no se ha de extrañar que se proceda de otro modo en administracion de justicia?

¡Pues qué! ¿el auxilio que prestan los médicos á los tribunales no es, por lo ménos, de tanta importancia y trascendencia como el que desempeñan en esos otros ramos? ¿No es tan especial el servicio de los médicos forenses como el que desempeñan los destinados á otras instituciones? ¿No es tan necesario como en estas, además del título profesional por medio de pruebas públicas, averiguar hasta dónde llegan los talentos y saber de los aspirantes? No solamente es igual bajo todos esos aspectos, sino considerablemente mayor. La medicina legal, la toxicología y el servicio médico-forense forman un ramo de conocimientos tan especial, que solo aquel que se dedica con asiduidad á ellos puede tenerse y ser considerado como apto para desempeñarle conforme lo exige la buena administracion de justicia y los grandes intereses sociales que con los vicios de ese servicio pueden afectarse profundamente.

El art. 3.º del Real decreto de Aranjuez revela en sus autores el error profundo (no profesado ya por nadie que entienda de esa materia) en que están los que creen que para ejercer la medicina legal y la toxicología basta haber estudiado medicina y farmacia, como basta para visitar enfermos y confeccionar recetas.

Ese lamentable error, anatematizado por todos los autores de medicina legal, y consignado de un modo tan expícito en el Real decreto en cuestion, es una continuacion no interrumpida de los vicios que ha tenido hasta aquí la práctica médico-forense ó el nombramiento de los peritos médicos, y por lo mismo, lo ha de ser tambien de todas sus funestas consecuencias.

Siquiera, desde 1843, los médicos que han salido de las escuelas hayan estudiado un curso de medicina legal y toxicología, no basta eso para ser buenos peritos; porque, sobre no poderse adquirir un gran caudal de conocimientos, estudiada dicha asignatura en un año, con otras no ménos vastas y graves; como hasta aquí el ejercicio de la medicina legal y toxicología, no solo no ha dado emolumentos ni ventajas positivas, sino que ha sido siempre un gravámen físico y moral, una especie de caja de Pandora para los facultativos; todos, por punto general, descuidaban esos estudios especiales, huian de su práctica lo mas que podian, y no creemos exagerar nada diciendo que de cada

cien profesores apenas habrá salido una especialidad en ese ramo que ni daba gloria ni provecho.

Y siendo eso así, y siendo el servicio médico-forense de los más difíciles, delicados y trascendentales; necesitándose para desempeñarle bien y con verdadero provecho para los tribunales de justicia conocimientos más profundos en todos los ramos directos y auxiliares de la ciencia de curar, puesto que han de ser aplicados á la resolución de problemas raras veces fáciles y sencillos, ¿cree el Gobierno que bastan para la organización personal del ramo esas circunstancias vulgares que ha consignado en el art. 3.º de su *sencilla medida*? Podrá estar seguro de la *sencillez* de esa medida, pero no de que con ella obtenga un personal facultativo tal como lo exige la importancia y trascendencia del servicio, y como pudiera haberle dado el establecimiento de las debidas disposiciones encaminadas á trazar de qué modo deberian hacerse los nombramientos, ya por el sistema de oposicion, ya por el de reales órdenes, sujetos ambos á ciertas condiciones que, alejando por un lado el nepotismo, la arbitrariedad y la injusticia, asegurase por otro la recompensa de verdaderos méritos especiales, y garantizase á la administracion de justicia la eleccion de peritos cabales, tanto bajo el aspecto moral como el científico.

Si de la organización del ramo, que ni es ramo, ni cuerpo, ni clase, ni nada que tenga la debida trabazon y gerarquía, ni la unidad de un sér moral ó colectivo análogas á las que constituyen la esencia de los cuerpos físicos organizados, pasamos á los *deberes* y *atribuciones*, cuyo establecimiento quiere la ley de Sanidad, nos hallamos con la misma ausencia de reglas, con la misma negacion de medidas, con el mismo vacío de buenas y eficaces disposiciones.

En punto á deberes, todo se reduce, desde el art. 5.º, á establecer dónde deben tener la residencia los forenses de los juzgados; qué han de hacer para ausentarse; cómo han de ser sustituidos; las obligaciones que arbitrariamente se imponen á los suplentes no forenses, á pesar de la libertad de su profesion; cómo se han de conducir en la asistencia de los heridos y envenenados respecto de los facultativos á quienes prefieran las familias; al celo, esmero y prontitud con que han de funcionar; al tiempo de que podrán disponer para dar los dictámenes, y otras cosas por el estilo; y todo de un modo vago ó rutinario, y solo con referencia á lo más superficial del servicio y comun con otros no científicos; callando absolutamente sobre otros deberes más propios del ramo pericial, más importantes y más trascendentales

para que hallen los tribunales y jueces en ese servicio toda la luz que ciertos hechos judiciales necesitan, y sin la cual es imposible el mejor acierto en los fallos que desea la ley de Sanidad.

Los autores de ese proyecto, ya elevado á la categoría de Real decreto, no han soñado siquiera que, además de los deberes triviales con que, para no salirse de la sencillez, se han entretenido, hay otros más dignos de que el Gobierno los hubiese determinado, por la mayor trascendencia que tienen en el ejercicio pericial.

Hay en la práctica de la medicina legal no pocas actuaciones, cuyo desempeño es de una importancia suma, siendo luego el dictámen á que dan lugar de tanta consecuencia, que de él dependen la honra, los intereses y la vida de las personas encausadas. Reina, sin embargo, acerca de esas actuaciones tal vaguedad, tal arbitrariedad, tal discordancia, tal anarquía, y por lo comun tal insuficiencia en punto al conjunto y exactitud de los datos sobre los cuales se fundan los juicios periciales, que urge considerablemente determinar en un reglamento los procedimientos, de un modo fijo, constante, igual y obligatorio para todos los peritos.

Así se evitará que se pierdan en muchas ocasiones los mejores ó únicos datos para hacer constar la inocencia ó culpabilidad de un acusado; que se den fallos del todo opuestos en diferentes juzgados y audiencias relativos á hechos iguales, y que la responsabilidad que haya lugar á exigir á los peritos no sea injusta y arbitraria, como lo ha sido hasta aquí en no pocos casos.

Respecto á esas actuaciones, hay que hacer una cosa análoga á lo que se ha hecho con las enfermedades y defectos físicos que eximen del servicio de las armas. Hasta el día en que se publicó el reglamento, no cesó la anarquía que en esa clase de reconocimientos reinaba, y no desapareció el infinito número de expedientes y procesos contra los profesores, á quienes se exigía una responsabilidad casi siempre injusta y arbitraria. Las autopsias jurídicas, las calificaciones de las heridas, las preparaciones para las análisis químicas, ciertos reconocimientos, etc., etc., se hallan en ese caso y merecian, mucho más que esos superficiales cuidados relativos á la residencia, ausencia, actividad de los facultativos y demás trivialidades vagas, que figuran como deberes de los médicos forenses, la pena de consignar disposiciones claras y terminantes, las que, junto con las relativas á las relaciones de los forenses entre sí y los tribunales, hubieran llenado mucho más los fines de la ley de Sanidad y las necesidades del foro.

Análogas reflexiones podemos hacer respecto de las atribuciones de los médicos forenses. No hay nada en el reglamento; apenas puede contarse como tal la que les da el art. 42 sobre la asistencia de los envenenados, heridos ó lisiados. En punto á derechos sucede otro tanto. El art. 34 previene que los médicos forenses no puedan ser separados de su cargo, sino en virtud de expediente gubernativo que se siga al interesado, y los artículos 26, 27, 28, 29 y 30 hablan de los honorarios que devengarán por sus servicios con arreglo al arancel, pagaderos por los condenados á las costas y los gastos, cuando no sean insolventes, y cuando lo sean ó se declaren esas costas y gastos, de oficio, por el ministerio que los nombra ó á cuyo ramo pertenezcan.

Y sobre no decir quién ni cómo se instruirá ese expediente gubernativo, ni por qué causas, ni cómo se verificará el abono de los honorarios, cuando el ministro haya de pagarlos; refiriéndose en los casos de no insolvencia, en el art. 30, á la regla 52 de la ley provisional para la aplicacion del Código penal y demás disposiciones que sean igualmente aplicables, no hay un solo artículo que hable de viudedades, cesantías, jubilaciones, ni años de servicio, ni escalafon, ni nada de lo que se hace con los demás empleados del Gobierno ó que prestan servicios al Estado; como si el servicio médico-forense fuese de inferior condicion que el que prestan los últimos empleados de todo ramo y hasta los porteros de ciertas oficinas.

Donde quiera que se fije la mirada, la ausencia completa de organizacion de todo lo que indica la ley de Sanidad es manifiesta. Los autores del proyecto, hoy ya decreto real, no han comprendido ni el espíritu ni la letra de esa ley. Su art. 95 está por cumplir; se ha faltado á él completamente. Ni se ha formado una *clase*, un *cuerpo* de médicos forenses, ni se ha organizado nada de lo que á todo cuerpo corresponde, ya en su régimen gubernativo, ya en sus funciones periciales. Todo lo que se ha hecho no ha sido mas que sancionar la rutina, el empirismo, el desbarajuste que hasta aquí ha venido reinando, con grave y notorio detrimento de la administracion de justicia y desconsideracion de la clase facultativa que la auxilia con sus luces.

No hemos señalado todos los vicios y defectos del Real decreto de 13 de Mayo, ni todos los puntos en que le vemos en completo desacuerdo con las frases consignadas en la ley de Sanidad. Por graves que sean las que llevamos apuntadas, faltan todavía las más graves, las más contrarias á dicha ley y á otras leyes, y las que más daños han de irrogar á la administracion de justicia y á los grandes intereses de que

debe ser la salvaguardia. Pero como este artículo se va haciendo demasiado largo, aplazaremos esta tarea para otro día.

En el próximo estudio señalaremos otros vicios, otros defectos, todavía más graves, de que adolece el Real decreto de 13 de Mayo, y algunos otros puntos de esta disposición que se relacionan también con la sociedad entera y merecen por lo mismo imparcial y detenido exámen.

EL DOCTOR MATA.

Madrid 28 de Julio de 1862.

MISCELÁNEAS.

CARACTÉRES.

El mundo es un inmenso círculo, del que cada uno pensamos ser el verdadero centro, y no lo es ninguno: el centro es la humanidad conducida por la Providencia.

El grado de atracción que queremos ejercer, procurando que todo gire en derredor nuestro, este es el egoísmo.

En tanto que nos proponemos ejercer esta nuestra atracción, pero sin desconcertar por eso el innumerable conjunto de sistemas exteriores de atracción, obedecemos á las leyes generales, empezamos prefiriendo á todo nuestra conservación y lo que entendemos por nuestro bien; pero sin perturbar á los demás centros en su igual propensión y tendencia.

Cuando invadimos en todo los límites y las órbitas ajenas, y llegamos á imaginarnos únicos centros, y meros satélites á todos los demás, entonces ejercemos el egoísmo exclusivo, ambicioso, insaciable.

Basta de astronomía. Un poco, ahora, de antropología.

Solipso es soltero, raya en los cuarenta, de fuerte complexion, de exterior agradable, bien hablado, no corto de facultades intelectuales, aseado, casi esmerado en su porte, vivo de genio, de voluntad decidida. Solipso busca relaciones y trato, le desespera la soledad y el aislamiento. Sin ser hipócrita expresamente, guarda su intencion y su carácter dominante; los guarda tanto, que él mismo ignora que los tiene, ó que le tienen, mejor dicho.

Pero sale á la calle por la mañana, y sin saberlo sale á conquistas. —Excelente mañana de primavera, preciosa para un paseo por el Buen Retiro. —¿Aquél es D. Homobono?— Sí, el mismo.— De prisa

va, trazas lleva de ir á su negocio, no le he saludado cuatro veces... No concibo que á estas horas pueda ocurrir otro negocio que pasear por el Buen Retiro.—Sr. D. Homobono, mi amigo, sin preguntarlo conozco que llevamos un mismo objeto.

H. Casualidad sería: he salido de casa para recibir á un amigo muy querido que llega hoy de Sevilla, y voy al despacho de las diligencias generales á embargarle en cuanto se apee y llevármelo á casa.

S. Sí, pero eso da tiempo; la diligencia suele llegar á las once. Veamos qué hora es. Las nueve y media.

H. Perdone usted, que han dado las diez; vea usted el reloj de la casa de Correos.

S. Creo que adelanta...; pero tenemos tiempo...

H. Tendria sumo gusto, pero hoy me es imposible: cuando tengo un deber y un cuidado, siempre procuro verlos venir y salirles al encuentro.

S. Filosofías. Así se pierde la mitad de la vida, y un deber y un cuidado se ensanchan y crecen y se convierten en muchos. Tenga usted más calma y aprovechará mejor el tiempo. Dóile á usted por rendido. Á pasear.

H. Con tal que entremos por el patio grande y no hagamos más que salir por la puerta de la glorietta, vamos allá.

S. Estoy por lo contrario, y es lo mismo.

H. Sea.

S. Es mucho más bella esta entrada, y para mí lo mejor, siempre lo primero. ¡Qué hermoso sitio de recreo!

H. Y qué bondad la de nuestros reyes en conservarlo y mejorarlo tanto, para entregarlo con toda su hermosura á todo el mundo, y á todas...

S. Perdone usted; un momento. Perdí hace dos dias un sello del reloj y he de preguntar al portero por si acaso... ¡Ah! no era usted el que estaba aquí la semana pasada: ¿quién era...? ¿Con que Fulgencio, el Sr. Fulgencio, que vive...? Ya, sí, en las casillas al lado de la Casa de Fieras; muchas gracias.—Sr. D. Homobono, si vamos un poco aprisa, tenemos tiempo para todo.

H. Está muy distante, no me alcanza el tiempo, y por nada del mundo quisiera que al apearse D. Basilio tuviese que preguntar por una casa de huéspedes.

S. ¿D. Basilio...?

H. Sí, D. Basilio Carranza, comerciante muy acaudalado en Se-

villa, y de los más relacionados en todas las plazas de España y del...

S. Hombre, por cierto que en Sevilla ha de hallarse un D. Mauricio Prendas, que me debe algunos reales, y quizás... con que D. Basilio Carranza...? ¿Quiere usted hacerme el obsequio de preguntarle si conoce á mi buen Prendas, y en qué posicion se encuentra, y que... Voy á darle á usted un apuntito, aunque sea en lápiz... Disimule usted.

H. Está bien; pero advierta usted que si vamos costeando las tapias de lo Reservado andamos doble sin necesidad.

S. Poca es la diferencia; es que tengo que preguntar á un peon que se llama Demetrio si me ha recogido unas semillas... Es cosa de un momento... Dicen que no está aquí, que cayó malo y lo llevaron al hospital general. ¡Pobre hombre! Al hospital... pero para los pobres...

H. Pero vamos siquiera más aprisa. ¡Las diez y media! tengo el tiempo tasado; yo me vuelvo.

S. Tiene usted razon; pero el caso es que estoy delicado de los piés; permítame usted el brazo. ¡Este zapatero...! Voy á quedar inutilizado, y no soy tan viejo que... ¿Quién calza á usted, pues me parece bien ese calzado?

H. Yo me vuelvo... Un zapatero sin nombre que no tiene tienda y trabaja para unos cuantos parroquianos nada más.

S. ¿Barato?

H. Algo más que los célebres que tienen que pagar tienda y contribucion, y...

S. ¿Las señas?—Permitame V. las apunte. Soy en estas cosas muy curioso. ¡Hasta aquí los mendigos! (Perdone usted hermano.) ¿Lleva usted un cigarro? me he dejado olvidada la cigarrera. Gracias. Pero no tenemos fósforos.

H. Eso no traigo.

S. Hermano, ¿tiene usted un fosforito de esos de carton que ustedes gastan? Gracias (¿lo ve usted?) Perdone, hermano, que no traigo cuartos. Con que D. Basilio Carranza... no olvidará usted mi encarguito. Me canso y voy fatigando á usted. Demos una vuelta al estanque.

H. No puedo más, las once están muy cerca y...

S. Hombre, ya de todos modos la diligencia habrá llegado, y se fatigaria usted en valde. La verdad es que me hallo fatigado. Me apetece el agua que por una especie de palmatoria destila al pié de ese leproso Dios Egipcio. Gracias, aguadora, gracias; á la tarde; no traigo cuartos. No se moleste usted, es lo mismo: vaya, se ha incomodado us-

ted: pero dos cuartos es un exceso.— Buena mujer, ¿conoce usted al Sr. Demetrio, portero... ¡Ah! es su cuñado de usted y vive más allá de la Casa de Fieras? El caso es que tenía un asunto que tratar con él, y me importaba hablarle, y me encuentro tan molesto de los callos... Buena mujer, ¿sería usted tan amable que se llegase mientras descansamos nosotros un poco á la sombra de este rey de los álamos blancos? De los vasos nosotros cuidaremos... Con que muchas gracias. Es menester entender á esta gente, se paga mucho de la dulzura y de las buenas palabras... ¿Creerá usted que desde que me he sentado me mortifican más los callos? Este maldito y este otro de aquí... Perdone usted, me voy á sacar la bota, por aquí no hay nadie. ¿Sabe usted que hemos de tener un mismo pié?

H. ¿Cómo uno mismo?

S. Quiero decir que iguales.

H. Bien puede ser, pero creo que es mayor el mio.

S. Buen pensamiento ese del calzado de gamuza; por las mañanas es hasta elegante; debe ser muy suave. Permítame usted...

H. ¿Cómo, quiere usted que me descalce aquí?

S. Uno no más, un instante... ¡Qué bien me está! Esto es andar en coche... ¡Hola! buen amigo, ¿es usted el Sr. Fulgencio?... Por muchos años. El caso es que anteayer por la tarde perdí un sellito del reloj, desde la puerta... ¿No ha visto usted nada? Ruego á usted esté al cuidado y que pregunte á los peones que barren las calles. Yo daré la vuelta. Adios, Sr. Fulgencio. Amigo D. Homobono, ¿le parece á usted que demos ya la vuelta?

H. Bueno, pero venga mi botito de ante amarillo.

S. Déjeme usted un poco hasta que me descanse el pié. ¡Voy tan bien!

H. ¿Pero no ve usted que estoy descalzo? Es usted muy original. ¡Toma! y sigue andando... y ahora parece un galgo inglés.—Paciencia, pero con un pié amarillo y otro negro... Veamos... ¡Toma, no me entra! ¡D. Solipso! ¡D. Solipso, demonio!—Nada, sigue impertérrito. ¡Ay! ¡las señoras de F., y me han visto!... (¿Qué haré yo con este pié descalzo, y esta bota en la mano? Maldita seas, anda al estanque, así pudiera hacer te acompañara el perro de tu dueño!) Señoras, beso los piés de ustedes, y no digo más, y adios; por hoy tienen ustedes mi permiso para decir y publicar que me he vuelto loco; tiempo vendrá en que vuelva por mi honor... ¡D. Solipso! ¡D. Solipso! Toma, allá lejos va, ya está sentado en el palco del parterre. ¿Que me vea yo así? ¡Venga mi calzado! ¡Venga mi calzado!

S. No se sofoque usted, que hemos llamado ya la atencion de las gentes. Lo mejor es que tome usted esta bota y que hagamos completamente el cambio. En el estado en que se encuentran nuestros piés, yo apelo al público sobre la pertenencia de nuestro calzado, y á fe que es cuestion muy dudosa. Usted podrá matarme, pero descalzarme es cosa más difícil. Tome usted la bota y venga el compañero amarillito.

H. De ira... de ira me rio y rabio, y no encuentro qué hacer. La bota no me entra y la he arrojado al estanque grande...

S. Esa ya es otra cuestion. Usted buscará remedio; yo en posesion estoy, y no vuelvo por la bota, usted cuidará de completármelas; entretanto, el que perdió el calzado, justo es que vaya descalzo.

H. Hombre, dígame usted de una vez si es que se ha propuesto desesperarme, y que aquí nos emprendamos á bocados ó arañazos. Por última vez le digo que venga mi calzado...

S. En eso está usted equivocado.

H. ¿En qué?

S. En que será la última.

H. Toma, y ha echado á correr; y yo pobre de mí ¿cómo seguirle? Lloraría. Me arrancaría los cabellos. Paciencia... Me lleva mucha delantera. Ya atraviesa el patio. Ya baja la cuesta ¡Ay mi pié! ¡Por piedad! ¿Pero á quien me encomiendo?—Toma, y tira á la izquierda, á la puerta de Atocha. Por fin se para á la del hospital. Ya le cogí. Me ha de dar usted una satisfaccion; la burla es muy pesada. ¡Venga mi calzado!

S. Venga mi bota. Entendámonos, esto no tiene más que una composicion más ventajosa, y no debo pagar.

H. Bien mirado no hay mejor remedio, á reserva de matarle luego.

S. Señor portero, ¿me daría usted razon del encargado del libro de entradas y salidas de este santo hospital? Está bien; ¿con que adentro en el despacho?

H. ¿Qué buscará este hombre en el hospital? ¿Querrá concluir sus malas chanzas haciéndome encerrar por loco? ¿Ó qué partido querrá sacar hasta de los tristes moradores...?

S. Beso á usted la mano. Desearia me digera usted de un tal Demetrio, en qué sala está, y qué número, para un asunto importante... ¡Ah! ya, con que se necesita saber el apellido y la fecha de la entrada? El caso es que... Solo sé que es jardinero, y que trabajaba en el Retiro... ¿Qué me dice usted, buena mujer? ¿Su marido de usted y padre de tres hijos? ¿Y qué es eso de estar con el candilon?... Sí, pero

todavía puede ser tiempo... Con que San José, número 14. ¿Podría pasársele un recado?... Hombre ¿qué tiene de particular? Y, demos que materialmente hubiera espirado, podría haber dejado algun encargo ó al capellan, ó al hermano obregon, ó á los enfermos de los lados... Perdone usted, buena mujer, pero cada uno piensa en su interés; y sino déjelo usted encargado á los otros. No tengo gana de burlarme, ni es ocasion de eso. Se trata de una cosa importante... Cierito que me da usted lástima y los pobres niños, y segun usted dice sin pan. Pero Dios es el padre de los pobres, y hay mucho bueno en este Madrid... Me parece que lo que digo no es para que usted se incomode; antes trataba de consolar á usted. Ya que usted se empeña, le diré que Demetrio me tenía ofrecidas unas cebollas y unas semillas, y... No veo que tenga nada de particular mi insistencia, y ménos que autorice á usted para tratarme con grosería, ni soy hombre de consentirlo, ni tiene nada que ver con eso el que no vengán hoy perfectamente uniformes mis dos piés. Nada, nada: preguntar en el número 14, sala de San José. Poco cuestà. Esta gente es feroz; llamar por esto al cabo de guardia para mi expulsion! ¡Qué indecentes! ¿Dónde vive el señor administrador?... Claro está que en su casa, ¿pero en cuál? Sr. D. Homobono, Sr. D. Homobono, venga usted en mi auxilio. ¿De dónde es esta dependencia, de Instruccion pública, ó de Fomento? Usted creo que es empleado de allí, voy á dar una queja, y cuento con...

H. Un carruaje vacío, de retorno del ferro-carril del globo terráqueo. ¡Cochero! ¡Cochero! Gracias al cielo.

S. Á la plazuela de Afligidos, número...

H. Pero hombre, no es más natural que me deje á mi primero en mi casa calle de la Magdalena? Mire usted que yo soy el más necesitado, que estoy descalzo.

S. Por eso mismo. Lo dicho: plazuela de Afligidos, número... No soy yo bobo.

H. Este cochero está rematadamente borracho y nos tumba.

S. ¿Supongo que no se me encajará usted encima si llegase ese caso?

H. Pierda usted cuidado... ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! El que ha volcado es el cochero. ¡Qué costalada! Debe haberse desnucado. ¡Cuánta gente! Y no da señales de vida. Estamos aquí en berlina por más de un concepto. ¿Qué hacemos?

S. Amigo, solo un recurso nos queda: disponer del carruaje, sa-

liendo usted al pescante. ¡Tontería! el que se sirve á sí mismo, en nada se deshonra. Fuera de que en el día el oficio de cochero ha dejado de ser bajo. Piénselo usted bien, que es el más necesitado. Yo aquí me estoy aunque sea hasta mañana. Le entran en el hospital. Se conoce que es cosa grave. ¿Qué hacemos? No se decide usted? Lo ve usted; es preciso estar preparado para todo. Pero cuidado no sea que el mal humor nos cueste una desgracia.

H. ¡Arrée! Arréeee! Nada, conoce la mano. ¡Virgen santa! ¡El viático y á pié!

S. ¿No ve usted cómo grita la gente que pare? Pare usted con mil de... Señor cura, yo no me puedo bajar porque estoy impedido, y no veo inconveniente, por mi parte, en que entre usted sin hacer caso de mí. ¿Que no puede ser? No entiendo por qué. ¡Qué gente esta! ¿Qué tiene que ver estar cojo y ser judío? Pero estas son cáscaras, y esta una piedra... Esos argumentos?... Me vieron entrar y se empeñan en que es mentira... Cedamos á la necesidad. Cochero, en despachando, al café de Venecia, ¿lo entiende usted?

H. ¡Señor cura, señores, por las animas benditas! que yo no soy cochero ni cosa semejante. Soy un desgraciado que...! ¿Que arree? Bueno.

S. Adios, D. Homobono, me debe usted un par de botas. Yo aquí me meto en esta zapatería, voy á tomar calzado por su cuenta de usted. Conmigo no hay burlas. Espresiones á Carranza.

Epílogo. D. Homobono después de ser objeto largo rato de las burlas de todos los transeuntes, de no pocos conocidos, y de los compañeros, cocheros de plaza, dejó su oficio en la plazuela de Santa Ana, poniéndose en fila y deslizándose suavemente en una zapatería, no sin haber adquirido universal fama de estar loco rematado.

FRANCISCO CUTANDA.

DE LA GUERRA EN LOS ESTADOS-UNIDOS

DE SU IMPORTANCIA Y DE SUS CONSECUENCIAS.

I.

Por muchos que sean los accidentes en que hoy vivimos envueltos, por grandes que sean las crisis que en estos últimos tiempos han atravesado naciones importantes y poderosas, todavía debió sorprender y asombrar al mundo la violenta escision que hace ya cerca de un año quebrantó la Union americana. Aquella república orgullosa, modelo incomparable para unos, y que debia en su sentir aceptarse como demostracion de que las más atrevidas ideas pueden convertirse inmediatamente en fecundos hechos; aquella nacion considerada por otros muchos como un ejemplo moral y materialmente peligroso; aquel conjunto heterogéneo é indefinible, pero exuberante, sin embargo, en vitalidad y en fuerza de atraccion, sucumbia por fin como todos los pueblos á las pasiones y á las flaquezas humanas. La nacion que apenas nacida, queria ya fascinar con sus grandezas materiales, la que insaciable de territorios y de mejoras queria en alguna ocasion imponer á la vieja Europa un derecho nuevo fundándolo atrevidamente en una nueva y mas libre manera del desarrollo nacional; el Estado de Estados, constituido por la sola razon de la conveniencia y con el solo principio de libertad, se rompía ya, como se han turbado y disuelto en la marcha elocuente de la historia europea, vastos imperios formados por la violencia y sostenidos por la tiranía. Habia pues, en la escision que ensangrienta las feraces orillas del Mississipi á más de la importancia directa é inmediata que caracteriza todas las alteraciones del orden y de la armonía en este siglo del vapor, en que los pueblos se enlazan de

mundo á mundo comercial y estrechamente, otra importancia invisible, mediata, moral, que la Europa no podia desconocer; y era de ver á la república Norte-América, sometida por fin para todo á la dura ley de pruebas y de luchas que en el antiguo continente ha encarrilado siempre los primeros y más difíciles pasos de toda gran nacion.

En vano han recordado las escuelas radicales que la guerra de Norte-América tiene por objeto la abolicion de la esclavitud; en vano han querido los defensores sistemáticos de toda organizacion republicana enaltecer, santificar y presentar con el carácter de excepcional y humanitaria la lucha fratricida de los Estados-Unidos. Los partidos del gobierno, los partidos constitucionales, jueces autorizados para todo lo que es contemporáneo y práctico, comprendieron en Europa desde el primer momento que el fin no justifica los medios y que al declarar la guerra con pretexto ó con motivo de la esclavitud, el gobierno democrático de los Estados-Unidos comenzaba por faltar para el santo objeto de la abolicion, á los derechos, santos tambien, que respecto á la esclavitud misma consigna la constitucion norte-americana, y concluia, por el solo hecho de la guerra, renunciando á sus habituales recursos de mando y de direccion; abandonando, por inseguros y por largos los caminos ordinarios de su vida política.

Confirmadas en poco tiempo la dolorosa gravedad y la doble significacion de aquella guerra, las prensas inagotables de Inglaterra y de Francia arrojaron sobre tan grande acontecimiento la luz de algunos nuevos libros, de numerosos y muy diversos folletos, de innumerables y contradictorios artículos. Pero los intereses de partido llegaron á turbar y á anublar la vista de muchos escritores cuando por primera vez la fijaban con atencion y aprovechamiento en el triste y elocuente suceso de los Estados-Unidos, pues conviene recordar que respecto á Norte-América no se sabia en Europa por el comun de las gentes todo lo que desde largo tiempo debiera saberse; y sucedió, como frecuentemente acontece, que lo que se calló en un principio por ignorancia ó por duda, se calló ó se falseó despues totalmente, porque los que debian ilustrar la opinion no prescindieron de las ideas preconcebidas con que estudiaban aquel conflicto, ni se apartaron debidamente del prévio espíritu de partido.

Fué, pues, necesario para determinar el sentimiento general, áun en las naciones más adelantadas, que los sucesos, abriendo paso á la realidad, iluminaran poco á poco la inteligencia del público y la de los hombres que le dirigen. Y esa ilustracion experimental que ha producido

la verdadera y justa apreciacion de los sucesos del Norte-América, esa elocuencia incomparable de los hechos, era especialmente precisa en nuestra España donde la escasez de libros se deja sentir de un modo particular y tristísimo en todo cuanto se refiere á los elevados problemas, á los grandes acontecimientos del mundo político contemporáneo.

Descubrir pues y patentizar hasta donde alcancen nuestras fuerzas la enseñanza que sobre la cuestion trascendental de Norte-América han destilado varios meses de convulsiones y de catástrofes; demostrar la inmensa importancia de la division que se manifiesta en los Estados-Unidos, con una guerra tan cruel, tan devastadora y tan bárbara como cualquiera otra; calcular sus consecuencias probables, principalmente las que á España puedan referirse, eso es lo que hoy intentamos nosotros, con aparente atraso, pero con oportunidad verdadera si se atiende á que hasta ahora sólo la prensa diaria ha consagrado en España algunos trabajos á esta cuestion; eso es lo que nos proponemos, en todo caso sin la pretension de hacer nuevas y graves revelaciones, sin la esperanza de apuntar siquiera consideraciones luminosas; con el solo propósito de agrupar acontecimientos de resultados tan varios como inmediatos, apreciando unos y otros con verdadero deseo de imparcialidad.

II.

Las grandes guerras, como las grandes y fecundas revoluciones, como todas las conmociones profundas y duraderas, no pueden obedecer á causas pequeñas ni á motivos casuales ó de detalle: se resuelven, si, en un momento dado, por una causa ocasional, pero estaban ya indicadas, previstas, motivadas, en el carácter, en la situacion, en el modo de ser de la nacion perturbada.

Todos conocemos la historia de la eleccion de Lincoln y el célebre manifiesto de Chicago que aspirando á conciliar el triunfo del Norte con la conservacion de la esclavitud y con la autonomia de los Estados del Sur, fué despues, por una interpretacion harto violenta y por una aplicacion desleal, el origen directo de la actual division de Norte-América. Pero en nuestro sentir, el nombramiento de Lincoln y su conducta en el poder ejecutivo solo puede figurar en la guerra de hoy como figura la imprudencia de un coronel que en instantes supremos ocasiona el rompimiento de hostilidades entre dos ejércitos acampados ó formados, desde mucho antes, arma al brazo y frente á frente. Otras

causas, otras anteriores y más altas disidencias hay que buscar para explicar la proximidad de los cuerpos beligerantes.

No en la eleccion, ni en el mando de Lincoln, sino en más antiguas y más profundas bases, descansa esa enemistad de Norte á Sur y de Sur á Norte que ha producido en muy contados meses ejércitos tan numerosos como los de las naciones más militares de Europa, y una lucha en que se han renovado escenas no vistas, por fortuna, en las últimas guerras europeas; escenas de saqueo, de incendio, de violacion, que el gobierno federal, dueño casi absoluto de las comunicaciones con Europa, ha tenido empeño decidido en ocultar; pero que hemos visto por fin anunciadas en correspondencias impresas, como en estos tiempos se ve todo, años antes ó despues, con su verdadero carácter.

Viviendo aún el insigne fundador de los Estados-Unidos, latentes y visibles, como en aquella época debian hallarse, la fe entusiasta y el espíritu de cohesion que caracterizan el nacimiento de las grandes nacionalidades, surgieron ya en la república Norte-americana escisiones y aún conatos de separacion hechos por las dos Carolinas; disidencias positivas y sintomas graves que solo el genio inmortal de Washington pudo contener y conjurar por entonces, sin equivocarse, no obstante, respecto á lo porvenir. Jefferson previó tambien la division de la república, y en tiempo de aquel ilustre patricio hubo Estados que, aspirando á la supremacia en el gobierno, anunciaban en son de amenaza y como cosa corriente su propósito de separarse de la Union si no accedían á su imperativo deseo las otras partes de la federacion. Así, pues, el desacuerdo, el malestar, la rivalidad de los Estados agrupados se notó desde la independencia de la Union-americana, á la raiz misma de su constitucion nacional.

Antigüedad tan desconsoladora sería quizás el dato más importante para apreciar debidamente el carácter de la perturbacion en que hoy se encuentra la república de Norte-América, si aquellas primitivas desavenencias no se hubieran perpetuado y acrecentado, y si no se fundaran, como se fundan, en diversidades esenciales, de las que el hombre no puede cambiar ó de las que cambiará solamente tras de largos siglos de trabajo y de estudio; en una palabra, si las diferencias y el antagonismo entre ciertos Estados de la Union no fueran tan naturales y de tal generalidad, que lo que sorprende y admira cuando se examina reposadamente la composicion de aquella república, es que haya existido tanto tiempo en su forma primitiva y con frecuentes aumentos de territorio.

La esclavitud—no queremos ni debemos negarlo—figura en primer término entre las causas de perpétua lucha, y por lo mismo entre los motivos determinantes de la guerra actual; pero la esclavitud es una consecuencia de antítesis menos remediabiles, de diferencias más profundas. La esclavitud en otra parte hubiera podido ser gradualmente abolida, ser á lo ménos discutida, censurada en último caso con unanimidad y con universal deseo de su disminucion. Ninguna de estas conjeturas se ha realizado ni podia realizarse dentro de la Union-americana.

Por la árdua cuestion de la esclavitud apareció allí y se manifestó más que por otra cuestion alguna la tirantez que se notaba durante los últimos años en la discusion de cuantos problemas de gobierno se presentaban recíprocamente el Norte y el Sur, comprendiendo ahora en estas divisiones vagas y genéricas los dos grupos de Estados en que al presente se halla dividida la Union; por la cuestion compleja y gravísima de la esclavitud se descubrieron, más que por ninguna otra, las condiciones opuestas y profundamente antagónicas de los *abolicionistas* y *esclavistas*, de esos dos partidos á la vez políticos y sociales que en el seno de la república representan, con ligeras excepciones, las ideas de septentrionales y meridionales, de los dos bandos que, con un castellano algo violento, se han llamado despues *unionistas* y *separatistas*, calificándolos segun sus deseos respecto al conflicto actual.

Hay, en efecto, en la Union-americana, á más de las diversas incoherencias que cuando se la considera colectivamente resultan de su especial formacion, de su falta de historia y de su extension misma, hay en los Estados-Unidos, á más de las diversidades generales y numerosas que tendremos ocasion de apreciar, una separacion principal, una línea divisoria hondamente trazada por la naturaleza entre los habitantes del Norte y los del Sur.

Nada de lo que constituye la vida nacional es comun, ni igual, ni parecido siquiera en el Mediodia y en el Septentrion de la antigua república federal. Las condiciones de ambos paises son más que distintas, son realmente contrarias; las diferencias de los habitantes están en el idioma, en la historia, en el carácter; parten, en una palabra, de la diversidad más profunda que entre hombres blancos y civilizados puede existir; de la diversidad de razas.

Por mucho que se haya abusado de la cuestion de razas, por mucho que hayan inventado para combatir el valor y la importancia de esta cuestion los que ridiculizan sistemáticamente todo cuanto desconocen, nunca se podrá demostrar que entre un andaluz y un inglés son igua-

les las tendencias, iguales las aptitudes, parecidas siquiera las condiciones morales y físicas.

¿Qué paridad, qué semejanza siquiera podrá designarse entre el habitante de New-England, yankee, protestante, dedicado á la fabricacion ó á la industria en regiones cubiertas de nieve durante siete meses del año, y el colono, católico, ó protestante de otra secta, que en los estados vecinos á Méjico habla distinto idioma y dirige el cultivo de un ingenio, no ya en otro clima, sino en muy diversa latitud?

Condiciones tan varias hubieran podido hermanarse en la costosa elaboracion de una larga historia; pero la historia precisamente es lo que falta en América, y la carencia casi absoluta de una entidad moral tan importante, la falta de desgracias y de glorias comunes mantiene frescas en los diversos Estados las diferencias *naturales* á que nos referimos.

Imposible parece que los republicanos europeos, sostenedores, como son muchos de ellos, del fecundo y elevado principio de las nacionalidades geográficas, y defensores como buenos liberales de las ideas unitarias en el viejo continente, se hayan resuelto á patrocinar y popularizar entre nosotros la conservacion violenta de la integridad de los Estados-Unidos, y pretendiendo cubrirlo todo con el horror á la esclavitud, hayan olvidado que fronteras naturales, idioma, pasado, religion, clima, hasta raza, es en los nueve Estados separados de la Union cosa distintiva y peculiar; que hay por consiguiente todas las fuentes de autonomia nacional, que es por lo mismo inverosímil, imposible la fusion, áun suponiendo resuelto el conflicto presente, áun suponiendo vencedor á uno de los dos partidos beligerantes.

La libertad, idea santa y gloriosa, hecho civilizador y siempre fecundo, no basta, sin embargo, para enlazar términos opuestos, que se repelen, que son mutuamente refractarios; como la mujer más hermosa del mundo no puede, segun la expresion del escritor humorista, dar más de lo que tiene.

Apartando la consideracion de la guerra en que hoy se abisman los Estados-Unidos, admitiendo que la Union-americana no se formara por conveniencia material y fortuita; imaginándola por el contrario realizada y desarrollada con el solo criterio de la libertad, todavía sería necesario para la conservacion de tan heterogéneo conjunto que esa libertad, consolidándose y desenvolviéndose, estuviera hoy sostenida por una instruccion general como la que contribuye gloriosamente á vigorizar la cohesion nacional de la Suiza; que se hubiera

demostrado con entera igualdad, con perfecta justicia en las relaciones del poder ejecutivo con los diversos Estados.

Por desgracia, en la Union-americana no ha sucedido así. Los Estados del Norte, hijos dignísimos de la Gran Bretaña, han sido, como ella, laboriosos, industriales, inteligentes, grandes en su propio seno y considerados en ellos mismos; pero sagaces, intrigantes, ambiciosos, egoístas y alguna vez hasta desalmados en sus relaciones con los Estados del Sur.

Prueba material de esta verdad dolorosa fué la célebre cuestion de las tarifas; la ley francamente proteccionista que los ultra liberales Estados del Norte impusieron, para sostener su industria fabril, á los Estados productores del Sur; ley que estos votaron al principio como un sacrificio momentáneo hecho en aras del patriotismo, que más tarde les fué impuesta segunda vez por una insignificante minoría, que se ha perpetuado despues hasta enlazarse en el espíritu público con la guerra de hoy.¹

Desde la primera sancion de aquella ley famosa, la rivalidad se ha traducido frecuentemente con formas financieras, las ménos decorosas, las más repugnantes en la vida nacional. Los Estados del Norte, no disimulando ya el carácter mercantil frio y egoista que ha llegado á considerarse como condicion proverbial en el yankee, dejaban conocer su deseo de apelar á los recursos de fuerza para consolidar la existencia nacional, sacrificando la autonomia de las comarcas meridionales. Iban aún más allá; y mirando á la esclavitud, no solo con la natural y justísima antipatia que como institucion produce, sino tambien como la causa y el secreto de la energia con que los Estados republicanos del Sur sostenian su preponderancia en la Union, los habitantes de los Estados del Norte, y principalmente los de la New-England, de New-York y del Massachussets anunciaban ya claramente que el triunfo de los abolicionistas en una eleccion presidencial sería ya señal del término forzoso de la esclavitud; y ellos, establecidos á 160 y á 200 leguas de los ingenios y cafetales de algunos Estados del Sur; ellos que, al suprimir la esclavitud hace años, supieron prescindir de los negros, pero no de su valor, y se contentaron con bajar á vender sus esclavos á los

¹ Véase la obra que con el título de la *La Union Americana, SUS EFECTOS Y CAUSAS DE SU DISOLUCION* ha publicado últimamente en Inglaterra James Spence; trabajo á nuestro juicio, que aunque favorable al Sur es superior en imparcialidad á los que han escrito sobre esta cuestion y con opuesto criterio Mr. Argenon de Gasparin y Mr. Eima.

Estados meridionales; ellos, que no tienen ningun problema agrícola que resolver en el momento de abolir el comercio de hombres, declaraban sin rebozo, sin discutir las graves consecuencias de semejante medida, que emanciparian violentamente los negros del Sur.

De esta suerte se iban dibujando los dos grupos en que al presente se halla dividida la Union-americana y cuya escision ahoga por ahora disidencias y rivalidades de otras comarcas. Al Norte, Estados que han conquistado la supremacia en el tráfico, en la marina y en la industria; que gozan hoy el monopolio en la fabricacion, y que, sosteniendo las doctrinas de Clay, quieren ser proteccionistas por filantropia y abolicionistas por caridad; que descubren, en fin, el mercantilismo y la ambicion política por únicos móviles de impulsos tan loables como mal encarrilados, y que corresponden perfectamente en su conjunto al tipo del moderno puritano, serio y constante cultivador de la forma, pero hipócrita algunas veces y comerciante siempre en el fondo.

Al Sur, Estados intransigentes, dignos representantes de la raza latina en la susceptibilidad de su impresionable orgullo; Estados ricos por su territorio y por su extension, pero habitados por hombres cuya educacion política comenzó en la ley del Linch y fué despues abandonada á la libertad sin limites de la Union; que se sienten ahora vigorosos, y lo niegan todo, precisamente porque todo se lo piden; que familiarizados con la esclavitud, y experimentando diariamente la necesidad del brazo negro, no conciben que de buena fe se combata y se abomine el comercio de hombres.

A todas las diferencias naturales, á todo ese providencial antagonismo hay que añadir despues los defectos comunes, la situacion especial, más aún, el modo de ser de la nacion Norte-americana.

Conocida es en toda Europa la verdadera grandeza de los Estados-Unidos; apreciado está en nuestra España misma el genio indisputable de aquella nacion que ha igualado á sus maestros del viejo continente en tantas conquistas fecundas de la civilizacion, que ha sabido superarles de mucho en ciertas ocasiones para los adelantos que se refieren al esplendor material. Admirado se ve, y con innegable justicia, el pueblo que en ménos de un siglo ha sabido extenderse hasta dominar moralmente en momentos dados todo el Nuevo-Mundo, que si no ha podido crearse una literatura y un arte propios, ha sabido arrancar á las nubes el rayo, y colocar junto al nombre de Washington el nombre de Franklin; que cuenta entre sus hijos á Cooper y á Poe; que posee una marina mercante envidiada por los Estados europeos; que en su tipo-

grafía, en sus ciudades, en su comercio, en lo atrevido de sus concepciones industriales y fabriles figura todavía como un modelo rara vez igualado. Pero cuando despues del justo tributo que á tanta grandeza debia rendirse, ha llegado el exámen de las desigualdades y contrastes que en Norte-América se notan, nos hemos contentado durante mucho tiempo con atribuirlos á la esclavitud, y no es la esclavitud causa única, ni principal siquiera, de tan numerosos lunares, por más que constituya un cáncer espantoso cuyo cauterio han de facilitar las soluciones prácticas y no las guerras políticas, si es que no se quiere aplicar á los *colonos* y á los *plantadores* el sistema formulado con la célebre frase: *perezca la humanidad y sálvense los principios*.

Por encima de la esclavitud, que es un efecto, por encima de esas diferencias naturales y esenciales que hemos señalado como gérmen perpétuo de lucha, debe considerarse, al buscar el origen y el verdadero carácter de la actual guerra, los defectos que son comunes á todos los Estados. Hay que reparar en la incoherencia que resulta de aquella infinita variedad de religiones que tienen todas sus templos, su propaganda, sus periódicos, aquel conjunto extraordinario de sectas, que comienzan en las ya numerosas del protestantismo, y concluyen en los Mormones poligamos del lago Salado, pasando por la no ménos curiosa del *celibatismo perpétuo*, que tuvo tambien su aplicacion y su falansterio: espectáculo notable que si prueba una libertad preciosa, no conquistada en largas revoluciones y costosos desarrollos, sino prematura y súbitamente establecida, origina por esta circunstancia la propension á la duda, á la indiferencia, al descreimiento en masas que sin preparacion contemplan manifestaciones tan opuestas para la primera y más general necesidad del espíritu humano.

Aun más que la incoherencia producida por tan varia coleccion de cultos, pero enlazándose quizás con ella, domina tambien en los Estados-Unidos otro mal harto comun en la sociedad moderna, que amenaza de muerte á la Inglaterra, que á nosotros mismos nos empieza á atacar; ese mal que se llama utilitarismo en filosofia, mercantilismo en política, negocio en la vida íntima. La uniformidad en la adoracion del *dollar* ofrece allí tristísimo contraste con las múltiples formas del culto divino, y en este carácter de aquel pueblo se asemejan por desgracia, hasta confundirse, los Estados del Norte y los del Sur. Ofenderíamos la ilustracion de los lectores de la REVISTA, si presentáramos ahora pruebas de esa condicion general que, como dejamos indicado, es proverbial respecto á los yankees, y debiera serlo respecto á todo Norte-

americano, por más que existan entre los diversos Estados otras diferencias de aptitud y de frialdad comercial. En la Union-americana todo se hace *por el dollar y para el dollar*. Discípulos de la Inglaterra, ya han dejado en esto muy atrás á su tutora. Los fenómenos que diariamente nos anuncia la prensa en su administracion de justicia, las dilapidaciones que se han hecho públicas con motivo de la guerra, el culto de las fuerzas físicas, cuyo ejercicio constituye allí el único espectáculo popular, el desprecio de la vida ante la idea del lucro, la historia misma del actual conflicto, son otras tantas demostraciones del egoismo materialista que pesa sobre aquella civilizacion.

No entraremos pues en el difícil exámen de si la separacion del Sur es ó no un hecho legal, punto que para nosotros no constituye verdadera cuestion.

Siendo tal la situacion general, habiendo entre las diversas comarcas las condiciones antitéticas que hemos señalado, aunque ligera é inhábilmente, la guerra tenía que llegar, y debía significar desde que estallara la impotencia de aquellas fórmulas, la insuficiencia de aquellos medios para obtener la perfecta emancipacion que soñara Monroe; debía representar por lo mismo la division irremediable de la Union-americana y la reaparicion en el Nuevo-Mundo del pensamiento europeo.

Lincoln, figura siniestra, tipo medio entre el ambicioso político y el ambicioso *bourgeois*, Lincoln ha hecho lo demás y ha precipitado esa lucha, cuyas causas y definitiva importancia dejamos apuntadas; cuyo carácter y cuyos resultados procuraremos delinear en otro artículo, apreciando á la vez la actitud en que esperan las potencias de Europa, el ansiado y previsto fin de la guerra.

PIO GULLON.

Á MI DISTINGUIDO AMIGO

SEÑOR DON JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

EL MAR.

FANTASÍA.

¡ Fiat! dijo el Señor. Y al punto mismo
todo se hizo de nada;
cielo, tierra, luz, aguas, ese abismo
en que otro cielo nada:

El Mar, líquido espejo, do se mira
de Dios la faz augusta;
lira de tempestades, ruda lira
que nombra á Dios y asusta.

Todo estaba en el génesis, sumiso
bajo las manos santas;
el hombre y la mujer del Paraiso,
fieras, aves y plantas.

Y el Mar alzó su frente: vió la tierra
menor que su oleaje;
y revolvió su fondo, y ansió guerra
bramando de coraje.

Y alzó su frente más: luego el casquijo
 azotó furibundo;
 y en voz de cien tormentas gritó y dijo
 horrorizando el mundo:

Todo perecerá de mis enojos
 bajo los rotos lazos;
 que hambre tengo de pugna y de despojos,
 y abrí ya seno y brazos.

Los piés no amarrará de mi grandeza
 de arena un débil muro,
 pues rompiera mi empuje, que ya empieza,
 diques de bronce duro.

¿Quién, pues, contra mi fuerza venir osa?
 ¿Quién al Mar se resiste?
 Yo saldré y seré muerte, muerte y fosa
 de todo cuanto existe.

Quiero correr, furor, dondè me arrastres,
 rompiendo ya cadenas:
 quiero pisar ruinas y desastres,
 cual piso las arenas.

Quiero pisar, cual las arenas piso,
 la alteza de obras tantas;
 al hombre y la mujer del Paraíso,
 fieras, aves y plantas.

Quiero empujar los llanos á los montes,
 los montes á los llanos,
 y hacer de los inmensos horizontes,
 inmensos oceanos.

Quiero que entre mis ondas se consuma
 el aire de la esfera,
 escupiéndolo á los cielos con mi espuma,
 la rábía que me altera.

He de entrar por los cráteres de lumbre
 al antro mas interno,
 y he de extinguir con agua y pesadumbre
 la hoguera del infierno.

EL MAR.

Y ese sol, que en el cóncavo redondo
 soberbio refulmina,
 he de humillar bajándolo á mi fondo
 en trozos de ruina.

Y su luz morirá. Y vendrá la noche
 Y vendrán las estrellas.
 Mas yo las barreré. Y á mi reproche
 morirán tambien ellas.

¡Cómo preñada se alzaré mi ola
 rizando su salival
 ¡Cómo rebramaré, cuando ella sola
 reine abajo y arriba!

¡Ayúdame, huracán! abre tus alas,
 que son alas de muerte:
 tú, que, si quieres, el cenit escalas,
 mi empuje harás más fuerte.

¡Aquí, huracán! Desplégate y acude
 á mi robusta espalda;
 pues yo ya alcé en enojo cuanto pude
 mi horribil guirnalda.

¡Huracan! huracan! mi turbulenta
 linfa empuja. ¡Ven! ¡Corre!
 y al golpe del furor que en mi revienta,
 la Creacion se borrel!

¡Dios temerál...

Y el huracan bravío
 se replegó en la altura,
 repitiendo medroso en lo vacío
 la voz de la criatura:

«¡¡Dios temerál!»

Y de imperio otra voz llena
 vibró y dijo:

«¡¡¡Jamás!!!»

Y esculpido quedó sobre la arena

«¡De aquí no pasarás!»

CECILIO NAVARRO.

GRAMÁTICA PARDA. ¹

En tiempo del rey que rabió daba mucho que hablar el cura de San Babilés, lugarcillo no lejano de la corte.

Era el señor cura hombre de peso, pues no bajaba el suyo de ocho arrobas; pero no era esto lo que le habia hecho célebre, eran sus pretensiones de sabio y sus reprimendas á los que creía ménos sabios que él, que eran todas las personas á quienes conocia, fuesen sabias ó ignorantes.

Casi todos sus feligreses creían que en efecto el señor cura era un pozo de ciencia, y si no digo todos, es porque entre ellos habia uno que en este punto no participaba de la opinion general: este uno era Márcos, el pastor del lugar, que con gran escándalo de sus convecinos solia decir por lo bajo, para que el señor cura no lo oyese:

—*Queris* que os diga lo que á mi me *páice* del señor cura? Pues es que el señor cura no sabe de la misa la media.

Yo no sé si el señor cura sabia ó nó la misa; pero sí que en cuanto á latin, sabia tanto como yo.

Si Márcos tenia pobre opinion del saber del señor cura, el señor cura la tenia pobrísima del saber de Márcos.

No se acercaba este una sola vez á saludar al señor cura, sin que el señor cura le pusiese de bruto que no habia por donde cogerle, y todo porque el pastor no sabia cómo se llamaban las cabras en latin.

¹ No resistimos al deseo de publicar este cuento basado en una tradicion popular y *eminente* popular él mismo, aunque sepamos que un periódico muy leído ha insertado últimamente traduciéndola del francés una anécdota de igual título y de fondo algo parecido. El artículo titulado *Gramática parda* es el último de los que forman el tomo de los *Cuentos populares* que verá la luz en esta misma semana. La forma de este modesto cuento y su fin moral nos han parecido muy dignas de los lectores de la REVISTA en cuyo obsequio hemos pedido y obtenido el necesario permiso del autor.

II.

El rey que rabió regresaba de una cacería acompañado de los principales personajes de su corte, y se detuvo á descansar un rato y á tomar un tente en pié bajo unos árboles, cerca de San Babilés.

El alcalde de San Babilés, gran admirador de la sabiduría del cura párroco, salió á saludar á S. M.

—¿Qué hay de notable en tu pueblo? le preguntó el rey.

—Señor, contestó el alcalde, el pueblo no es gran cosa, pero si V. M. fuera por allí, vería un hombre sabio si los hay.

El rey que rabió abrió tanto ojo al oír esto, pues era muy amante del saber, como que rabió de tanto como sabía.

—¿Y quién es ese fenómeno? preguntó al alcalde.

—No es *feromémo*, señor, que es el señor cura del lugar.

El rey se decidió á ir á San Babilés, y en efecto, poco despues llegaba allí y se encaminaba en casa del cura, extrañando que este no se hubiese apresurado á salir á recibirle.

El cura disculpó su desatencion diciendo que no habia salido á recibir á S. M., porque al saber que S. M. entraba en el pueblo, tenía ya la sopa en la mesa, y no le gustaba comerla fria ni pasada.

Si no fué entonces cuando el rey rabió, sería porque no le diese la gana.

III.

El rey tomó asiento en la sala del señor cura, é hizo que este se sentara á su lado.

Los moftetes del señor cura habian cargado ya un poquillo á S. M.; pero S. M. dijo para sí:

—Bah, hago mal en juzgar á este hombre por las apariencias: si ha preferido comer la sopa en sazón á salir á recibirme, será porque profesa la filosofía estóica, y si tiene gordos los moftetes, será porque la satisfaccion de saber mucho, le engorda.

En seguida S. M. trabó conversacion con el señor cura, y despues de un cuarto de hora de preguntas y respuestas, sacó en limpio que el señor cura de San Babilés era un glotonazo, un egoista, un ignorante y un neció lleno de ridícula vanidad.

Y S. M. dijo para su coletó, sayo, capote ó lo que gastase, que eso no he podido averiguarlo:

—Yo haré que á este buen señor le disminuyan un poco esos carrillos de monja boba que tiene, y que demuestran que en lugar de comer para vivir y vivir para servir á Dios y al prójimo, vive para comer y servirse á sí propio. Y no me contentaré con esto, que le daré una buena leccioncita de modestia que le enseñaré á no tenerse por un sabio, cuando, segun las trazas, el mejor dia revienta de bruto.

Ya he dieho que el rey era tan sabio, que de sabio rabió, porque es de advertir que la sabiduría, cuando traspasa ciertos límites, ó lo que es lo mismo, cuando se mete en camisa de once varas, da ratos muy pícaros. Así es que, apenas habló cuatro palabras con el cura de San Babilés, conoció los puntos que calzaba en punto á talento, sabiduría y bondad, el tan cacareado sabiondo.

—Señor cura, le dijo, veo que la fama que goza usted de sabio es merecida; pero para convencerme más y más de ello, le voy á hacer á usted tres preguntas que de seguro las contesta usted satisfactoriamente, sin que le bullan los sesos, y tanto más cuanto que le voy á dar á usted un mes de término para que me conteste.

—Pregunte V. M. cuanto guste, que aquí estoy yo para contestar en el acto, dijo el cura dándose tono.

—Pues bien: hace tiempo deseo encontrar quien acierte estas tres preguntas: primera, ¿cuánto valgo yo? segunda, ¿en cuánto tiempo podré dar la vuelta al mundo? tercera, ¿cuál es el error en que yo estoy pensando? Me parece que estas tres preguntas no le darán á usted mucho que hacer, porque sabios como usted las contestan por debajo de la pata.

—No tanto, señor, no tanto, que las preguntitas tienen perendengues.

—¿Qué han de tener, hombre!... Para un zamarro como el que cuida las cabras de San Babilés, no digo que no los tengan; pero no para un sabio como usted. Pero, en fin, no es puñalada de pícaro la contestacion. Hoy estamos á 17 de Abril; de hoy en un mes, es decir, el 17 de Mayo, le espero á usted en mi palacio, donde me ha de dar usted la contestacion; en la inteligencia de que si acierta usted, le hago archipámpano de Sevilla, y si no acierta, hago que le paseen á usted por las calles de la corte, montado en un burro, y cascándole media docena de azotes en cada esquina.

El señor cura quiso replicar que no admitia el trato; pero su majestad le interrumpió poniendo cara de perro, y diciendo al alejarse:

—Nada, nada; no me venga usted con lilailas; lo dicho dicho, que tengo palabra de rey.

IV.

El mes de Mayo comenzaba á correr, y el cura de San Babilés no habia podido aún resolver los tres problemas que el rey le habia propuesto.

En vano habia acudido indirectamente á todos sus feligreses, menos al cabrero, á quien tenia por el mas negado de todos. Y digo que habia acudido indirectamente, porque su orgullo no consentia que acudiese de otro modo. Véase de qué modo habia acudido.

—Oye tú, Destripa-terrones; si el rey te preguntase cuánto vale, cuánto tiempo necesita para dar vuelta al mundo, y en qué error está pensando, ¿qué le contestarás?

Destripa-terrones, como todos sus convecinos, despues de cavilar un rato rascándose la mollera, contestaba que no sabia.

Y el señor cura, dándose tono de que él lo sabia perfectamente, llamaba animal de bellota al pobre Destripa-terrones, y á otro con la misma pregunta, y la misma invectiva al ver que recibia la misma respuesta.

El pobre señor cura se desesperaba viendo que se acercaban el término del fatal plazo y la azotaina. Apenas comia ni dormia, que se pasaba los dias y las noches cavila que cavila, unas veces encerrado en su habitacion, y otras recorriendo las solitarias cercanías de San Babilés.

Y con tantas cavilaciones, ayunos y vigalias, su humanidad iba disminuyendo prodigiosamente.

El señor cura enflaquecia y el cabrero engordaba. La razon de que enflaqueciera el señor cura, ya la sabe el lector; la de que engordara el cabrero, la va á saber.

El cabrero sabia el gran apuro en que el señor cura se hallaba, y engordaba lleno de satisfaccion, porque tenia tirria al señor cura, de quien tantos sofiones habia recibido por la gravísima culpa de no saber cómo se llamaban las cabras en latin.

Llegó el 16 de Mayo, y el señor cura se consideraba ya sobre el borriquito recibiendo los consabidos en los esquinzos de la corte, ó mejor dicho, en otro sitio que no conviene nombrar.

V.

Haciendo el señor cura de San Babilés el último esfuerzo de imaginacion en las cercanías del pueblo, se encontró con Márcos.

—Señor cura, le preguntó el cabrero, ¿qué le pasa á usted que se va quedando tan desmejorado?

—¿Y á tí qué te importa, grandísimo bruto? le contestó el cura muy quemado.

—Se lo pregunto á usted por si uno puede...

—¡Qué has de poder tú, animal, cuando ni siquiera has podido aprender la gramática latina!

—Si señor; pero he aprendido la gramática parda. Mire usted, señor cura, no andemos con *desimulos*: yo sé lo que le pasa á usted, y que mañana lleva una zurribanda en la corte si no se fia usted de mí.

—Qué, ¿sabes tú lo que vale el rey, el tiempo en que su majestad puede dar vuelta al mundo y el error en que está pensando?

Dejémonos de eso, señor cura, y vamos á otra cosa. Mañana al amanecer nos *venemos* los dos á estos andurriales y cambiamos de ropa; es un decir, que yo me visto de cura y usted se viste de pastor, y mientras usted queda guardando las cabras de San Babilés hasta la tarde que yo venga para que descambiemos de ropa, yo me planto en cuatro zancadas en la corte, me presento á su *rial* majestad y le saco á usted del compromiso.

El señor cura echó en hora mala al cabrero que tal desatino le proponía y continuó cavilando inútilmente por aquellas soledades; pero llegó la noche y llegaron al colmo sus apuros. Entonces no tuvo mas remedio que llamar al cabrero y decirle que aceptaba el trato.

Cura y cabrero quedaron citados para el amanecer.

VI.

Como el cura habia enflaquecido tanto como habia engordado el cabrero, resultaba que el traje del cura le estaba al cabrero como pintado y el del cabrero al cura otro que tal.

Márcos tomó el camino de la corte que distaba cosa de un par de leguas y el señor cura quedó cuidando las cabras.

Cuando llegó Márcos á palacio, ya el rey, sentado en su trono y rodeado de toda la nobleza de la corte, esperaba al cura de San Babilés.

El cabrero fué introducido en el gran salon del trono, y el rey al verle, dijo á uno de los ministros que le acompañaban cuando estuvo en San Babilés.

—¡Jesus, qué desmejorado está!... Bien dije yo que habian de disminuir sus carrillos de monja boba... ¡Pero qué, si está completamente desconocido!

Y su majestad hizo seña al cura de San Babilés para que se le acercara.

—Vamos á ver, le dijo, viene usted ya en disposicion de contestar á mis tres preguntas?

—Sí, señor.

—Ya sabe usted lo que le espera si no acierta...

—Señor, ya lo sé.

—Vaya la primera pregunta: ¿cuánto valgo yo?

—Vale vuestra majestad 29 dineros.

—¡Cómo se atreve usted! replicó el rey muy ofendido.

—Cristo valió 30 dineros y creo que vuestra majestad no pretenderá valer tanto.

—Me doy por satisfecho, contestó el rey. Vamos con la segunda pregunta. ¿Cuánto tiempo necesito para dar vuelta al mundo?

—Si vuestra majestad se monta en el sol, veinticuatro horas.

El rey y hasta los cortesanos prorumpieron en aplausos al oír esta contestacion conviniendo en que era completamente satisfactoria, pues el rey y sus cortesanos no eran muy fuertes en astronomía ni habian estudiado en Galileo la teoría del movimiento.

—Ea, continuó su majestad, las dos primeras preguntas están bien contestadas. Vamos á ver si con la tercera acaba usted de ganar el archipampanazgo de Sevilla que es una brevita de las buenas. ¿En qué estoy yo pensando?

—En que yo soy el cura de San Babilés.

—¡Azotaina tenemos! exclamó el rey, y repitieron sus cortesanos llenos de gozo:

—¡Azotaina! ¡azotaina!

—Señor, replicó el de San Babilés, no hay azotaina que valga. ¿No piensa vuestra majestad que yo soy el cura de San Babilés?

—Sí, pero habia de ser un error lo que pensara.

—Pues un error es, porque vuestra majestad piensa que yo soy el cura de San Babilés, y soy el cabrero.

—¿Y cómo lo pruebas? preguntó el rey.

Márco no puede contestar porque en aquel momento penetró en el salon el alcalde de San Babilés á quien ya el rey conocia, diciendo que venia á poner en conocimiento de su majestad un caso grave que ocurría en el pueblo y que consistía en haber desaparecido el cabrero y haberse vuelto loco el cura hasta el punto de haberse vestido de pastor y puéstose á guardar las cabras del lugar.

En pocos momentos quedó probado que el que habia contestado las tres preguntas era el cabrero y que las tres preguntas habian sido perfectamente contestadas.

beres de patriotismo que circunstancias muy verdaderas pueden imponer á todo español. La manifestacion debe hacer, sin embargo, la Revista Española, ahora que aun puede hacerlo sin faltar á su título, y es que en su sentir, todo lo que hoy observamos es una demostracion de que en la cuestion de Méjico acordamos nosotros al extranjero á que parte de las verdaderas conveniencias.

MOVIMIENTO POLÍTICO.

A continuacion insertamos el discurso del general Concha, documento tambien notable, y la celebrada, invidiable contestacion que precede. No hacemos ningun comentario, no escribimos siquiera con letra de verso las palabras especialmente significativas de cada peroracion. Nuestros lectores supliran con exceso esta sobriedad y abstraccion con

El discurso pronunciado el 14 del mes corriente por el emperador de los franceses en el acto solemne de recibir las credenciales que acreditaban como embajador de la reina de España en la corte de Francia, al marqués de la Habana, es un documento cuya importancia y cuya gravedad oscurecen cualquiera otra noticia y absorben por completo el sentimiento público, que ni se ha repuesto desde entonces, ni podrá en largo tiempo reponerse.

Nosotros, harto lo saben nuestros lectores, hemos combatido desde que apareció nuestro primer número la política exterior del actual gobierno español con una energía tan notoria y constante, que dentro de nuestros hábitos y propósitos solo se puede explicar con el recuerdo de aquella política misma. Respecto á la cuestion de Méjico, hemos llevado aún más allá una franqueza que nos dictaba nuestro patriotismo justamente indignado con los sucesos que todos conocemos, y hemos creído desde el primer dia que en aquella cuestion, la más trascendental de cuantas se han presentado á este gobierno, nuestro interés inmediato, nuestro porvenir y nuestra honra estaban en haber realizado la expedicion que violenta y caprichosamente se suspendió. Pero ahora que tocamos la primera de las graves consecuencias de tanta vacilacion y de tanta debilidad; ahora que entramos en el período de los serios compromisos originados por haber escogido entre el emperador Napoleon y el presidente Juarez, prefiriendo al que tantas veces habia ultrajado nuestro nombre y nuestra bandera, ahora comprenderemos los deberes de reserva que nos impone la difícil situacion presente, y no irritaremos en España sentimientos peligrosos aunque nobles y fáciles de provocar, ni llevaremos tampoco la defensa de nuestras ideas hasta faltar en ningun caso á los altos y gratos de-

beres de patriotismo que circunstancias muy verosímiles pueden imponer á todo español. Una manifestacion debe hacer, sin embargo, la REVISTA ESPAÑOLA, ahora que áun puede hacerla sin faltar á su titulo, y es que en su sentir, todo lo que hoy observamos es una demostracion de que en la cuestion de Méjico acertamos nosotros al expresar á qué parte de las beligerantes asistia la verdadera justicia y en dónde estaba la verdadera conveniencia.

A continuacion insertamos el discurso del general Concha, documento tambien notable, y la referida, inolvidable contestacion que provocó. No hacemos ningun comentario, no escribimos siquiera con letra diversa las palabras especialmente significativas de cada peroracion. Nuestros lectores suplirán con exceso esta sobriedad y aplaudirán en la REVISTA los sentimientos que la dictan.

DISCURSO DEL EMBAJADOR DE LA REINA DE ESPAÑA.

«Tengo el honor de entregar á V. M. I. las credenciales que me acreditan como embajador extraordinario y plenipotenciario de la reina de España.

Al confiarme esta mision, la reina me ha encargado que asegure á V. M. de los sentimientos de afecto sincero, así como de la simpatía que le inspira la nacion francesa. De estos sentimientos participa el pueblo español, que sabe apreciar, lo mismo que su soberana, el interés que V. M. y el pueblo francés han manifestado en muchas ocasiones por la gloria y la prosperidad de la España.

La reina, mi augusta soberana, cuyo ardiente deseo es el de mantener entre Francia y España estas relaciones de confianza reciproca, se creeria muy dichosa en ver estrechar los lazos que deben unir ambos pueblos.

Mi ambicion es la de llegar, por mi celo y mi solicitud en el cumplimiento de esta alta mision, á merecer la benevolencia y el aprecio de V. M.

Intérprete de mi soberana, os ruego, señor, que acojais en esta ocasion los votos que hace por la felicidad de V. M., de la emperatriz, del príncipe imperial, y por la prosperidad de Francia.»

CONTESTACION DEL EMPERADOR.

«Señor embajador: Desde mi advenimiento al trono, sabeis que no he descuidado ocasion alguna de manifestar á la reina de España una viva simpatía, así como una profunda estimacion á la nacion española. Ha sido, pues, tanta mi afliccion como mi sorpresa por la divergencia de opinion ocur-

rida entre nuestros dos gobiernos. De cualquier modo, la eleccion hecha por S. M. la reina de una persona tan conocida por la lealtad y la nobleza de sus sentimientos, me hace esperar un juicio imparcial de los sucesos que han sobrevenido, y en mí hallareis el recibimiento de que sois digno.

Sé, en efecto, que estáis animado, respecto de la Francia, de los mismos sentimientos que vuestro antecesor, el cual deja entre nosotros los mejores recuerdos, y no dudeis que aprecio las intenciones conciliadoras que os han obligado á aceptar una mision en circunstancias delicadas. Podeis asegurar que de la reina de España depende el tener siempre en mí un aliado sincero y conservar al pueblo español un amigo leal que desea su prosperidad y su grandeza.

En los dias que han seguido á esa notable conversacion entre dos soberanos y entre dos países, hemos recibido varias correspondencias y adquirido algunas noticias, segun las cuales es cada vez más improbable que el conflicto originado por la cuestion de Méjico pueda resolverse sin un cambio significativo de política ó de personas, ó sin otros más graves sucesos.

La situacion de Italia, que es indudablemente la nacion á donde convergen todavia las miradas de toda Europa, ha cambiado muy poco durante la última quincena. El movimiento iniciado por Garibaldi y secundado por algunas poblaciones de Sicilia, sigue aún circunscrito á la isla, sin que hayan aumentado mucho las adhesiones á esta elocuente manifestacion de la impaciencia que sienten ciertos partidos por obtener la posesion de Roma. Pero si es igual ó poco mayor el número de ciudades y aún de personas que alzándose por Garibaldi con resolucion espontánea incurrir en toda la responsabilidad de su empresa, es en cambio considerable el de las ciudades y aldeas que han expresado de una manera más pacífica sus simpatías hácia el grito de *Roma ó muerte* en que Garibaldi sintetiza sus deseos. No puede dudarse, por lo mismo, de la constancia y universalidad que distingue en Italia al pensamiento de la unidad completa. Lo que es muy dudoso, y lo que nosotros nos resistimos á creer, es que los italianos juzguen oportuna la situacion presente para concluir *ab irato* con el poder temporal y resuelvan la ocupacion de Roma sin más consideraciones, ni arreglos, ni discusion. Nunca podremos creer que el Sr. Ratazzi, á quien sus mis-

mos enemigos reconocen dotes bastantes para ser sucesor del ilustre conde de Cavour, pueda prestarse á precipitar la solucion de la cuestion romana por una combinacion fraguada con Garibaldi y digna en último caso del patriotismo ardiente, juvenil y ofuscado del guerrero italiano, pero nunca de un verdadero talento político. Discurremos así, sin entrar, por supuesto, en la consideracion más importante; en la de la actitud de la Francia, de quien tampoco esperamos que retire ahora repentinamente sus tropas de Roma. Suceso es este que llegará, y con cierta rapidez relativa, pero que á nuestro leal y modesto entender, ni se realizará tan inmediatamente como algunos diarios han anunciado, ni en ningun caso ante la intimacion altanera de Garibaldi.

De todos modos, hay en la presente situacion de Italia una gravedad indudable, que podrán vencer las dotes de prudencia y de cordura, condiciones distintivas de la verdadera constancia; pero que en nuestro juicio, y lo decimos sin vacilacion alguna, comprometerá mucho el porvenir de la unidad italiana si se quiere desenlazar con una resolucion violenta é inmediata, aunque partiera esta del mismo Napoleon III.

En ciertas cuestiones cabe todo, menos la prisa. De esas cuestiones juzgamos nosotros la de Roma.

La cuestion de Oriente, en vez de aclararse más á medida que pasan dias, adquiere nuevas complicaciones materiales, sin que las grandes potencias europeas, únicas que pueden definitivamente resolverla, se consagren á ella con la decision y constancia que ponen en otros asuntos de interés acaso más inmediato, pero tal vez no más positivo é importante. La Inglaterra, preocupada con la guerra de Norte-América y con las significativas alianzas en que se ha supuesto ocupado al emperador Napoleon, impulsa lentamente su diplomacia en Oriente, aunque es la nacion que hasta hoy ménos se ha descuidado en Constantinopla; la Francia, cuya actividad se dedica casi enteramente á la expedicion de Méjico y á la cuestion de Italia, no se resuelve todavía á tomar una actitud enérgica con respecto á la Puerta; y mientras tanto, los principados protegidos por el tratado de 1856 se ven cohibidos por Omer-Pachá, sucumbiendo á una guerra de sangrientas venganzas. El Austria, que por la proximidad al sitio de la guerra, puede seguir todas las peripecias y aprovechar los mejores momentos,

tiene en la cuestion de Oriente un interés más directo que ninguna nacion europea; pero este interés, como saben nuestros lectores, es fatal para la independencia y bienestar de la Servia, y de la Bulgaria y del Montenegro, que solo de la Francia y de la Italia pueden hoy recibir un auxilio eficaz.

Esperemos que, en gracia de la civilizacion y de la libertad cuyos intereses son en cierto modo solidarios en todo el mundo, la Francia y la Italia puedan fijar su atencion en el conflicto iniciado en Belgrado y adelantar algun tanto una solucion liberal para la histórica é importantísima cuestion de Oriente.

Las conferencias semanales abiertas con este objeto en Constantinopla, han sido hasta ahora insuficientes é inútiles.

El último correo de América no trae noticia alguna respecto á la expedicion francesa en Méjico. Parece indudable que despues de fracasar el ataque del cerro del Borrego, los mejicanos al mando de Zaragoza, atacaron nuevamente las posiciones fortificadas que los franceses han ocupado al frente de Orizaba; pero este ataque ha sido tan desgraciado, que más que pelea debe llamarse conato de accion. Desde entonces continúan los franceses tranquilamente en posesion de todos los puntos de que sabemos eran ya dueños. Los primeros refuerzos que las tropas francesas habian recibido de la Martinica ascendian á mil hombres, y servian para reponer las bajas ocurridas y para sostener las comunicaciones entre Veracruz y Orizaba.

Las correspondencias más imparciales que el mismo correo nos ha traído, descubren que la nacion mejicana sigue siendo altamente favorable á la idea de la intervencion europea; pero tambien indican que en aquel país se establece una gran diferencia entre el gran principio de órden y gobierno representado por la expedicion francesa, y las ideas políticas, ó mejor dicho, administrativas, que en el seno de aquella república representa y pone en práctica desde que llegó el general Almonte.

Al Occidente de la nacion mejicana continúa por supuesto reinando la más espantosa anarquía; y del estado general del país bastará decir que las partidas de latro-guerrilleros ejercen sus funciones á las puertas de la capital, dentro de la cual se contenta Juarez con imponer nuevas contribuciones.

Siguiendo en nuestro deseo de estudiar cuanto nos sea posible los últimos acontecimientos de Rusia y el movimiento iniciado en aquel imperio, que aunque no tiene enlace directo con los intereses españoles, constituye indudablemente un espectáculo curioso, y de mucha utilidad para los observadores de la política, extractamos á continuación las siguientes indicaciones de una correspondencia fechada en San Petersburgo el día 8 de Agosto:

« Conocido ya el origen, y conocida la significacion socialista demagógica y demoleadora de los acontecimientos que acaban de poner á prueba la cohesion y la grandeza de este imperio; apreciado ya el carácter disolvente que á los incendios han designado los manifiestos del partido socialista ruso establecido en el extranjero, la opinion pública ha condenado resueltamente aquellas ideas y aquellos actos, que no quieren reformar ni mejorar, sino derribar y destruir todo lo existente en el órden moral y en el material.

»La situacion, pues, queda por ahora determinada con claridad, lo cual es siempre una gran ventaja.

»El emperador de Rusia conoce ya á sus amigos y á sus enemigos y sabe que no debe temer gran cosa de estos últimos por más que sea siempre necesario desconfiar y sostener activa vigilancia. Respecto al número y á la importancia de los amigos, áun prescindiendo de la masa del pueblo ruso, habla por mí el viaje que en estos momentos están realizando á orillas del Báltico el emperador y la emperatriz, viaje que más bien pudiera llamarse una marcha triunfal.

»Debo decir, sin embargo, que la nobleza rusa, aunque podia haber conocido que es ya hora de que cese la tirantez que estableciera en sus relaciones con el trono, aunque podia haber comprendido que ella es la más interesada en sostener la cordialidad y la intimidad en su enlace con la corona, no ha renunciado aún por completo al mal humor de que se hallaba poseida y que constituye una verdadera falta.

»No obra del mismo modo la nobleza de Livonia, que inspirada quizás por las circunstancias, no desperdicia ocasion de estrechar su union con el emperador, y en este mismo viaje se ha unido al pueblo para rivalizar con él en entusiasmo; movimiento caracterizado que el emperador ha sabido apreciar y del que ha dado cuenta á San Petersburgo al enumerar la fiestas y las condiciones diversas de la acogida que se le dispensa.

»Respecto á las consecuencias de los incendios en esta ciudad, os diré que, como sabeis, San Petersburgo es una de las poblaciones que

NOTICIAS LITERARIAS Y TEATRALES

DE LA PROXIMA TEMPORADA.

Sería inútil tratar de reseñar hoy como otras veces el movimiento científico y literario de Madrid durante el mes de Julio, porque las ciencias, las artes y la literatura por costumbre, cuando no por necesidad, se bañan en el mar ó toman aguas medicinales ó el aire en algun fresco valle ó empinada colina.

Nos han abandonado; no podemos presentar de que existen, más prueba que el libro que con el título de *La verdad del progreso* ha escrito el señor Catalina y del cual se ocupará detenidamente la REVISTA. Mientras vuelven, pues, del campo ciencias y y letras, ocupemos el lugar que su alejamiento deja vacante con algunas noticias relativas á teatros. De este modo los lectores que como nosotros *veranean* en Madrid, tendrán conocimiento anticipado de lo que se dice que pasará por los teatros de la corte, si es que pasa, de lo que nos daremos por contentos ya que no por satisfechos.

En el Teatro Real tendremos un cuarteto de primer orden del cual conocemos una cuarta parte que es *Madame Lagrange*. Si los tres tantos que aún no sabemos con certeza quiénes

sean son iguales al primero, Mr. Bagier habrá cumplido con su obligación, que grande la tiene con el público de Madrid si ha de corresponder al favor que le ha dispensado y que Mr. Bagier ha sabido merecer hasta hoy. Háblase de un tenor *nuevo en esta plaza* que canta como un *ángelo*. Si canta como un tenor bueno nos basta. Entre las óperas que han de ejecutarse oiremos, si las cantan, *Don Alvaro*, de Verdi, dirigida por su autor, y *Pedro de Médicis*, que tambien se propone ensayar y dirigir su autor el príncipe Poniatowski. *Guillermo Tell*, y *Don Juan*, están entre bastidores hace tanto tiempo, que no nos atrevemos á contar con ellas en la escena, á pesar de que por lo general entran en la lista de las promesas que no se cumplen, pero que entretienen. Dicen, por último, del regio coliseo que su inteligente empresario se propone rebajar los precios de las butacas y otras localidades. Hágase en buen hora la rebaja.

El teatro de la Zarzuela, prepara mucho, y no es de extrañar, porque el Sr. Salas tiene una actividad verdaderamente propia de un empresario. Así se explica que quiera abarcar tanto

por mas que sus deseos no den los resultados que él apetece. Sin embargo, este año parece que abarcará mas que otros, pues cuenta con encerrar dos espectáculos en el teatro de Jovellanos, ya que no ha podido tenerlos cada uno en su casa. Así, pues, con la zarzuela alternará el drama, pudiendo de este modo abonarse el público á *gusto del consumidor*. No se conoce hasta ahora oficialmente el personal de la zarzuela, aunque se asegura que en el figurarán Caltañazor, Obregon, Arderius, Dalmau, Cubero, Carratalá y Calvet, y las señoras Rivas, Barrejon, Bardan, Soriano, Fernandez y Estéban, con las nuevas actrices señoras Leonardi, Checa y Piñeiro, y con Di-Franco, conocido barítono, y Soler, tenor nuevo, en el teatro de la Zarzuela. Aunque así sea, quiere decir que lo que no vaya en suspiros irá en lagrimas, porque Teodora y Arjona, y los hermanos Osorios componen un cuadro dramático muy bueno, que es el que ha de alternar con el de zarzuela. Y aquí se nos ocurre que los autores pueden inclinar el ánimo de la empresa para que sus obras *encajen* siempre en la escena. Si es dramática, y no acaba de dar gusto á los cantores, con añadirle alguna música y quitarle alguna letra pasa á Obregon y Caltañazor, y si es zarzuela, con quitarle el *mi do*, como decia un desgraciado amigo nuestro, Arjona y Osorio la toman por su cuenta y hasta con los coros, convertidos en acompañamiento puede representarse. Esta idea que dejamos apuntada, no vaya á creerse que es de la empresa ni de los autores. Es una

idea que aunque suelta, por lo mala no debería estarlo.

De las obras que con destino á la escena tiene en cartera el Sr. Salas hemos oido los títulos de *El gorro negro*, *En las astas del toro*, *Las hijas de Eva*, *El nuevo Figaro*, *El galán incógnito*, *Matilde y Malek-Adhel* y *La Circasiana*, en tres actos; dos en dos actos, cuyos títulos no sabemos, y *Los suicidas*, *Los mellizos* y *Lo sé todo*, en un acto, y otras.

Mucho hemos dicho que se prepara en este teatro, pero concretamente nada puede asegurarse. Lo que sí se cree como cosa cierta, es que será la primera función de la temporada, estrenándose una obra nueva, el día 30 del corriente.

El teatro del Circo, antiguo campo donde creció verde y lozana la zarzuela, continuará este año su intento de volver á aclimatarla, arrojando valerosamente los recuerdos del pasado que no deben ser muy gratos para la empresa. Esta no desmaya, según indicios, y firme en su decidido empeño, se lanza nuevamente y con nuevos bríos á la arena. Los artistas ajustados hasta ahora son una garantía; todos los conoce y aprecia el público, y esto ya es algo. Si las obras no escasean y abundando no son malas, los aficionados al espectáculo pueden pasar buenos ratos, y con mayor comodidad que otros años los que ocupan las butacas, porque todas son nuevas y cómodas, que es lo esencial.

Entre las obras preparadas para estrenarse en este coliseo, hay varias de los Sres. García Gutierrez y Arrieta,

Una de las primeras que se pondrán en escena, se titula *El galán de noche*, y está arreglada á nuestro teatro por el insigne autor del *Simón Bocanegra*.

El Circo, lírico dramático, se abrirá según nuestras noticias el día 28 del mes corriente.

El teatro del Príncipe, manzana de la discordia, adjudicado al Sr. Catalina por la mayoría de los concejales del Ayuntamiento, que residen en Madrid, debe ser este año un centro regenerador del arte dramático. Los artistas son buenos, formando una compañía que pudiera llamarse á prueba de concejales, y que nosotros nos contentamos con decir que es muy aceptable. El Sr. Catalina es un actor que siempre ha demostrado grande afición al arte, y si los cuidados de empresario no le distraen, creemos que ha de hacer cuanto pueda en la escena, como lo ha hecho otras veces. Matilde Díez, conserva grandes simpatías en el público, y esto ha de valerle tanto como si aun luchando con las estaciones, conservase los atractivos de su primavera artística. El cuadro en fin es bastante bueno y sus trabajos pueden ser agradables. Acerca del día en que comenzará á funcionar todas son dudas, pero puede afirmarse que cuando llegue, ya habrán refrescado la atmósfera las primeras brisas del otoño.

El teatro de Variedades volverá á

ser el centro de enseñanza donde el Sr. Romea continúe adiestrando en los perfiles del arte á sus jóvenes discípulos. Conocidos son del público los agradables momentos que en el coliseo de la calle de la Magdalena nos ha proporcionado Romea; con la esperanza de que han de repetirse, podemos aguardar hasta que llegue el mes de Octubre.

Los teatros de Novedades y Lope de Vega no estarán cerrados, pero aún se ignora quien los abrirá. En el último es probable que tengamos al trágico Lacoste con una *troupe* francesa.

Hemos apuntado á la ligera cuanto de teatros se dice, de manera que tenemos ya arreglados los campos en que han de brotar las flores de la literatura; ahora faltan las flores mismas, y desgraciadamente ó se cultivan en ocultos invernaderos que no conocemos, ó no se cultivan, porque apenas sabemos que existan para este año.

Varias obras lírico-dramáticas se han presentado á la censura, pero de escasa importancia. Más escasas aún son las puramente dramáticas, de modo que, nuestros poetas deben estar madurando sus concepciones en el entendimiento, y esperando á que llegue el invierno para dedicarse á escribirlas. Que las escriban, las oigamos, y nunca será tarde y nos daremos por satisfechos.

BIBLIOTECA DEL VATICANO.

Por juzgarla interesante y poco conocida, reproducimos con gusto la siguiente *descripcion* de la Biblioteca del Vaticano, obligándonos á esta reproduccion, desusada en la REVISTA, la escasez de noticias artisticas á que antes hemos aludido:

«La Biblioteca del Vaticano fué fundada por el papa Sixto V, como lo recuerda el cuadro que se halla á la derecha al entrar en ella. En aquellos muros aparece expresado el pensamiento del fundador, que deseaba tan ardentemente llevar á cabo su resolucion, que concedió tan solo un año para que tuviese efecto. Cuando le manifestaban que era muy poco tiempo para la ornamentacion del salon, y los inconvenientes que resultarian de ello, respondia: «Trabajad, trabajad aprisa, porque despues de mí podrian nacer nuevas ideas y cambiar mis planes, y yo quiero que sean realizados á mi vista.»

La Biblioteca vaticana tiene la figura de una *T*, verdadera forma de cruz; la linea vertical tiene dos laterales, separadas por seis pilares macizos que sostienen las arcadas de las bóvedas.

A la derecha, á la izquierda y en el centro de las salas hay armarios cerrados, de seis piés de alto próximamente, en que se guardan los preciosos manuscritos. En la parte superior hay pinturas al fresco, que recuerdan los fastos memorables de la sabiduria divina y humana, mientras que la bóveda representa los primeros sucesos de la vida de Sixto V.

Entre los pilares del centro se hallan los más magnificos regalos hechos á los pontifices, siendo de los más ricos un crucifijo de oro y malaquita, el baptisterio del príncipe imperial, una colosal copa de malaquita, regalada por el emperador de Rusia y hermosos vasos de Sevres.

Los dos personajes principales de la Biblioteca son Adam y Jesucristo.

Cerca de la puerta de entrada, en el medio de los cuadros y haciendo frente á los pilares, se encuentra la imágen de nuestro primer padre con la siguiente inscripcion en latin:

ADAM, instruido por Dios, inventor de las ciencias y de las letras.

A la otra extremidad del salon está la imágen del Cristo, sentado, con las

manos extendidas en ademan de echar la bendicion, y con el Evangelio abierto sobre sus rodillas. Allí se leen las palabras Alpha y Omega, *principium et finis*, y bajo los piés del Salvador la siguiente inscripcion:

JESUCRISTO, Doctor supremo, autor de la doctrina celeste.

Detrás del Cristo, y hácia su derecha, está el Papa en pié con la cruz pastoral, y á su izquierda el Emperador en pié tambien con la espada en la mano: debajo de uno y otro se leen estas palabras:

El Papa, Vicario de J. C.; el Emperador, defensor de la Iglesia.

En los arcos laterales están pintadas figuras simbólicas, y una de ellas dice:

Credo; fat.

En el centro, sobre los cuatro frentes de los pilares, están las imágenes de los inventores de las escrituras locales; en el muro de la derecha aparecen las actas de los concilios ecuménicos; en el de la izquierda la fundación de las grandes bibliotecas de todos los países. En torno de los pilares del centro hay máximas de la Escritura, que recuerdan la utilidad y buen uso de las ciencias, hé aquí algunas:

«Quiero que sepais lo que es el bien.»

«El impío ignora la ciencia.»

«La ciencia engríe, la caridad edifica.»

«El que tenga necesidad de instruccion, que la pida á Dios.»

«El hombre prudente es animoso; el hombre sabio es fuerte.»

«En el alma del malvado no se encuentra la sabiduría.»

«Es necesario la sobriedad en la ciencia.»

Los inventores de la escritura tienen á su frente á los hijos de Seth, que escriben en dos columnas los cantares celestes.

Vienen luego Moisés, inventor de la Escritura antigua; Abraham, inventor de la siríaca y caldea; Esdras, de la hebráica; Mercurio escribe para los egipcios las letras sagradas; la Reina Isis, inventora de la escritura egipcia; Fénix, Cadmo, Cécope, Lino, Pitágoras, Epicharmo, Palamedes, Simonides, Evandro, el emperador Cláudio, Carmenta, Desmarattes, Ulphilas, San Cirilo, con la indicacion de todo lo que han hecho en favor de la escritura de los diversos pueblos.

En el muro lateral de la izquierda hay hermosos frescos que recuerdan la fundacion de las grandes bibliotecas y los servicios que sus fundadores han prestado á la humanidad.

Desde luego aparece la *Biblioteca hebráica*, en la que se ve á Moisés confiando á los levitas los libros santos, á fin de que los encierren en el tabernáculo.

Después Esdras, sacerdote y escriba, restableciendo la *Biblioteca de los*

Padres. Vienen en seguida la *Biblioteca babilónica*, en la que Daniel y sus compañeros aprenden la lengua y la ciencia de los caldeos; la *Biblioteca ateniense*, en que Pisistrato fué el primer fundador de una *Biblioteca pública* entre los griegos, y en que Seleuco restituyó la *Biblioteca arrebatada por Xerjes*.

Siguen despues:

La Biblioteca alejandrina.

La Biblioteca romana.

La Biblioteca de Jerusalem.

La Biblioteca de Cesárea.

En fin, la *Biblioteca apostólica*, confiada por San Pedro al cuidado espiritual de la Iglesia romana.

Los frescos en que se perpetúan aquellos importantes sucesos están adornados con inscripciones que explican las instituciones que han honrado el genio del hombre durante el curso de los siglos.

En frente, sobre el muro de la derecha, se desenvuelven las actas de los Concilios.

Lo que más excita la admiracion en aquella página monumental es la constante alianza del sacerdocio y del imperio. En todos los Concilios, el Papa y el Emperador están nombrados en la inscripcion y representados en los frescos.

El Papa, rodeado de obispos, pronuncia el decreto.

El Emperador, ora sentado en su trono con el cetro en la mano, ora en un sitial con la espada desnuda, está dispuesto á su ejecucion, que á veces es asunto de un cuadro especial.

La série comienza en el primer Concilio de Nicea en esta forma:

« Siendo San Silvestre Papa y Constantino Emperador, dice la inscripcion del cuadro, *el Cristo, hijo de Dios, es declarado consustancial con el padre, y condenada la impiedad de los arrianos.* »

Y al lado de este cuadro otro con el siguiente lema:

« Conforme al decreto de este Concilio, Constantino hace quemar los libros de los arrianos. »

La inscripcion de la sala central que enlaza los brazos laterales en el salon de entrada, dice:

« Siendo Papa Alejandro III, y Emperador Federico I, las costumbres de los legos y del clero son devueltas á su primitiva pureza. »

Otros cuadros recuerdan las hostilidades de algunos emperadores contra la Iglesia y la autoridad espiritual del vicario de Cristo.

Los brazos laterales ofrecen igual espíritu de ilustracion. Allí se encuentra á Platon, Aristóteles, Teofrasto, Esquines, Herodoto, Séneca, Persio, Sa-

lustio, Horacio, Ciceron, Sócrates, Pitágoras, Solon, Apuleyo, Caton, Julio César.

Grandes cuadros recuerdan tambien los servicios que las ciencias deben á Polion, Trajano, Lúculo, Matías Corvino rey de Hungría, etc., etc., haciendo frente á los que indican los favores que prestaron los Nicolás IV, los Sixto IV, los Paulo V.

Las últimas salas laterales cuentan la vida y sufrimientos de Pio VI y Pio VII, y la entrada triunfal de los Santos Pontífices por la puerta del pueblo. Pio VI volvió á entrar como mártir cuyas reliquias se veneran y Pio VII como el vicario glorioso de Jesucristo, en medio de las aclamaciones entusiastas de los romanos.

Por todo lo no firmado.—*El secretario de la redaccion,*

Federico Alonso Monasterio.